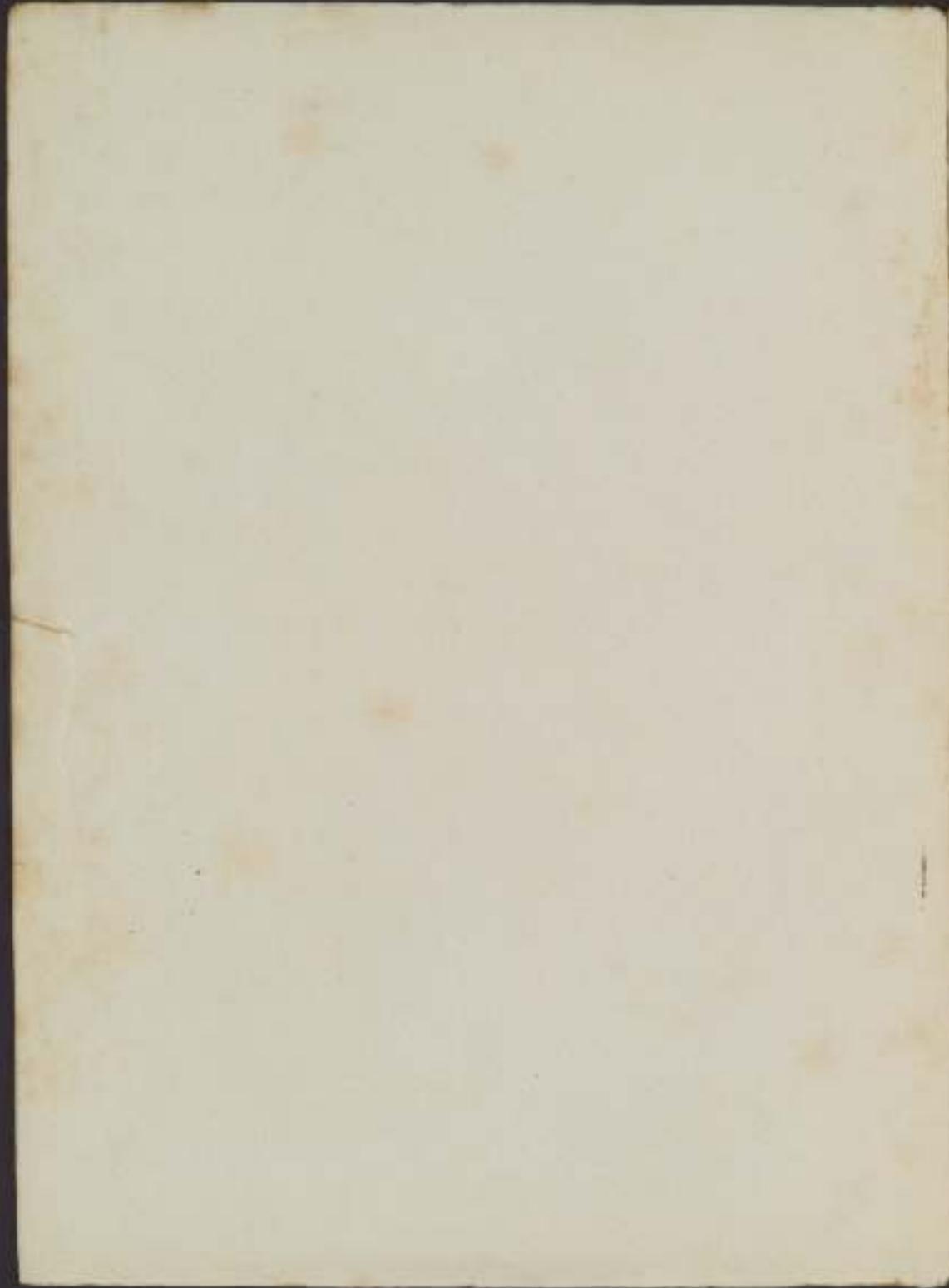


HACE MILLON de AÑOS

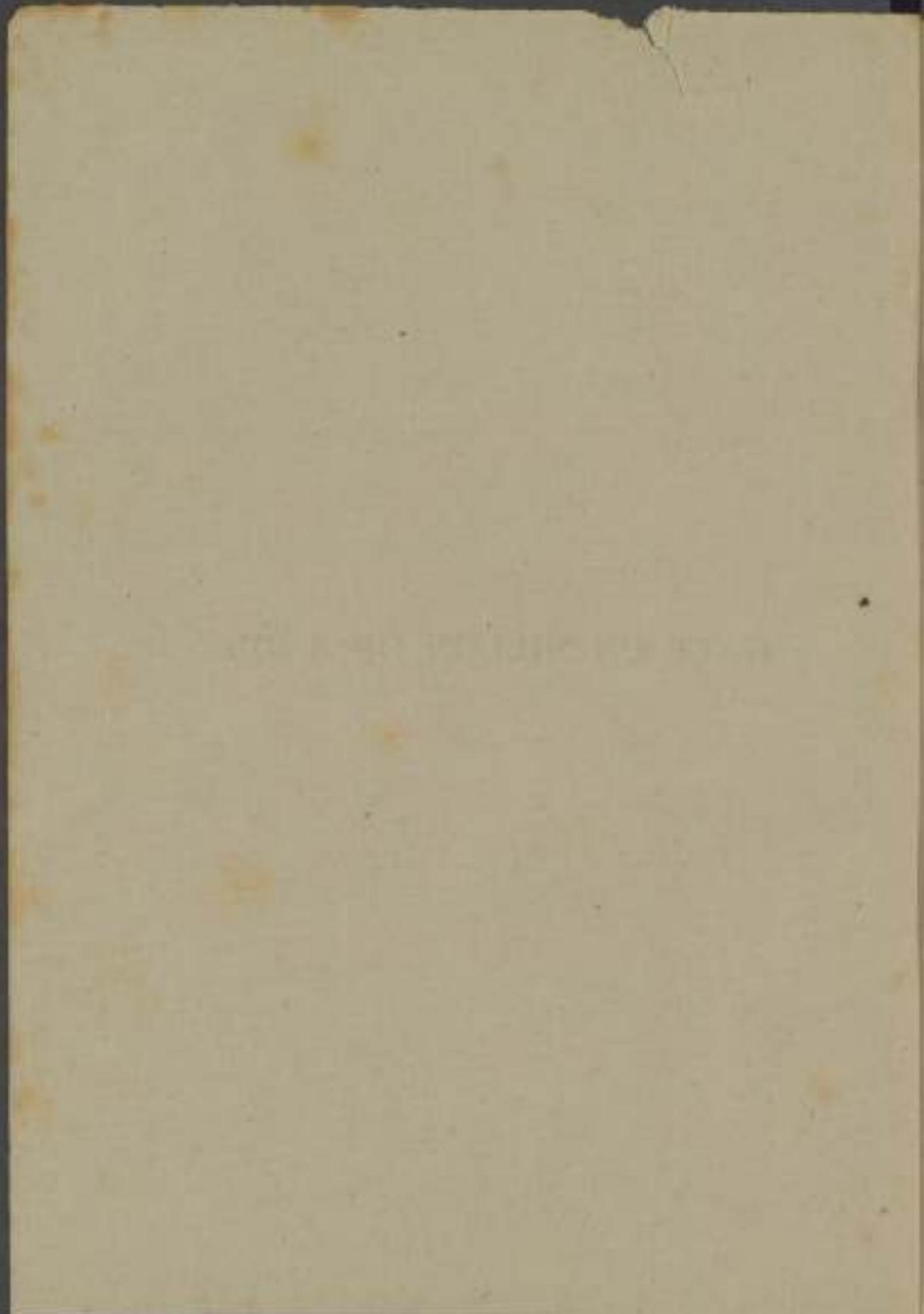


Victor MATURE
Larkia LANDIS
Lon CHANEY (M.D.)



4.05

HACE UN MILLON DE AÑOS



EDICIONES BISTAGNE

**EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS**

Paseo de la Paz, 10 bis - Teléfono 18841 - Barcelona

HACE UN MILLON DE AÑOS

Grandioso espectáculo cinematográfico

Gigantescos monstruos en lucha contra el hombre primitivo

Producción

HAL ROACH

para

UNITED ARTISTS

Distribución

CIFESA

PRINCIPALES INTERPRETES

VICTOR MATURE

CAROLE LANDIS

LON CHANEY, Jr.

PROHIBIDA LA REPRODUCCION

*Argumento narrado por
Ediciones Bistagne*

VDA. I. FERRER COLL - VALENCIA, - 197 BARCELONA

Hace un millón de años

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

CAPITULO PRIMERO

EL SABIO DE LA CUEVA

La noche se había cerrado sobre los excursionistas que se esforzaban trepando por la pared casi vertical de la montaña. Un ligero resplandor que atravesaba las tenebrosas nubes, parecía, en lugar de disiparla, aumentar la irreal oscuridad.

El guía escrutó unos segundos el encapotado cielo que se confundía con la cima de las montañas cercanas, y animó con un gesto a sus acompañantes a que se apresurasen en la difícil labor de seguirle. El tiempo urgía y era necesario, puesto que no lograrían regresar al terreno llano y fácil, que a sus pies se extendía, antes de que estallase la tormenta, adelantarse a ésta y buscar un refugio.

Súbitamente, como si la atmósfera y la Creación entera se retorciesen bajo un latigazo, deslumbró el cárdeno resplandor de un rayo, y un trueno fantástico, cuyo sonido era centuplicado por los ecos, ensordeció los oídos. A partir de este momento los relámpagos menudearon, así como los truenos, y la tormenta se desató con la terrible energía acostumbrada en aquellos solitarios parajes. El cielo abrió sus compuertas y un diluvio humedeció los abrigos de los excursionistas, que apresuradamente se los hablan puesto en inverosímiles posiciones.

La ardua ascensión prosiguió. En realidad, era sorprendente el empeño que ponía el joven que ser-

vía de guía en dirigirse hacia la cumbre; aparentemente lo más adecuado hubiera sido detenerse y aguantar la furia de los elementos con la mayor paciencia posible. Pero puesto que la constancia ha de verse recompensada, finalmente, el conductor lanzó una exclamación de alivio y desapareció de la vista de sus amigos.

El guía apartó unos helechos que, como una cortina, ocultaban la entrada de una cueva y miró al interior, movimiento que, por coincidir con un relámpago, le permitió comprobar que había conseguido hallar lo que con tanto empeño buscara. La cueva era espaciosa y la solidez de sus paredes hacía barruntar que resistiría cien tempestades como aquella.

—¡Daos prisa! ¡He encontrado una cueva!

Se quitó el abrigo y encendió una linterna. Luego ofreció la mano a dos muchachas, ayudándolas a entrar y poco después se encontraban reunidos los expedicionarios, satisfechos, aunque mojados. Siguieron la conducta de su amigo y se quitaron los abrigos y las mochilas.

—Aquí estaremos bien hasta que pase la tormenta—anunció el que había hablado el primero.

Todos coincidieron en este parecer con la despreocupación de la juventud. El guía recorrió la cueva inducido por un extraño impul-

so y se detuvo ante unos helechos semejantes a los que cubrían la boca de la cueva. Sea porque el descubrimiento anterior le hubiera puesto sobre aviso, sea porque una ligera corriente de aire agitaba las plantas, lo que permitía deducir que había otra caverna a continuación, sea por pura casualidad, con ambas manos separó los inertes vegetales.

La exclamación de asombro que brotó de sus labios pasó, inadvertida a sus compañeros, que comentaban con calor las incidencias de la excursión y del inesperado final que había tenido.

Una inmensa caverna, alta como una casa y tan espaciosa como ella, se ofreció a sus miradas. Traspuso la piedra que cerraba parcialmente la entrada y anduvo por la caverna, esquivando las grietas y las rocas que sembraban su suelo. Lo más sorprendente de todo era una leve claridad que hacía bastante perceptible sus contornos, y ya comenzaba a preguntarse el motivo de tan extraño fenómeno cuando un ligero rumor le hizo volver la cabeza y le enfrentó con un desconocido.

Este, que le observaba con una curiosidad semejante a la suya, era un hombre alto y fuerte, vestido por el estilo de él, con una gran barba ocultando parcialmente su inteligente semblante, coronado por una frente espaciosa. En el rincón en que estaba y en donde había en-

cendido una luz junto a él, se veían diferentes utensilios, que probaban que su estancia allí no era accidental, sino que procedía de un propósito definido. Es más, delante de él había una mesa cubierta de papeles que, indudablemente, estaba estudiando cuando fué interrumpido.

Los dos hombres continuaron observándose hasta que la sonrisa del sorprendente desconocido disipó en parte la desconfianza del guía, que se apresuró a excusarse:

—Perdone, no sabía que hubiera nadie. Supongo que no le he molestado. Mis amigos y yo nos hemos tenido que refugiar aquí a causa de la tormenta...

—Aquí están seguros — afirmó lentamente el desconocido—. Yo mismo, que vivo en esta cueva, no me puedo quejar.

—¿Que usted vive aquí?—repitió asombrado el guía.

El desconocido dió una chupada a su pipa y se rió en silencio, durante unos momentos, de su sorpresa. Luego explicó:

—No se extrañe. No es la primera vez que esta cueva sirve de habitación al ser humano. Hace muchos siglos que estuvo habitada por nuestros antepasados.

—¿En la prehistoria?

—Sí, en la prehistoria. Yo estoy especializado en esa clase de estudios y he podido descifrar la causa de que yo esté aquí. ¡Mire!

Señaló a la pared fronterera al guía y éste pudo advertir, a pesar de la penumbra, una serie de dibujos que se desarrollaban en líneas paralelas, como una gigantesca página de un libro de piedra, representando a hombres esquemáticos, espirales, partes del cuerpo, símbolos incomprensibles... Eran pinturas rupestres, vestigios de las razas primitivas que moraron en aquellos lugares y quisieron dejar noticia perpetua de su estancia.

Pero, aunque este descubrimiento en sí no carecía de importancia, lo que interesó más al joven fué la afirmación del desconocido de haber podido descifrar las figurillas, lo cual no sólo representaba un paso gigantesco para la ciencia, sino al mismo tiempo daba un gran interés y casi justificaba la tempestad que le había ahuyentado hasta la cueva.

Sin embargo, algo semejante a la incredulidad se traslució en el semblante del excursionista, y le indujo a repetir:

—¿Usted sabe lo que dicen estas pinturas?

De nuevo sonrió el sabio y según su característica forma de hablar lentamente respondió:

—Sí, y no ha sido fácil. Varios años llevo intentándolo y por fin lo he conseguido. En este momento sé —y es más, lo tengo aquí— cuanto ocurrió a las tribus que trazaron esto, que pelearon y sufrie-

ron de manera que hicieron posible que usted y yo viviéramos.

Su mano golpeaba el montón de papeles que llenaba la superficie de la mesita y el guía, movido por una intensa curiosidad, se adelantó hacia ella, lanzando de paso una mirada de admiración al sonriente personaje. Era patente que el muchacho deseaba una explicación más extensa, conocer más a fondo aquella cuestión y la historia que entrañaba.

Desde la mesita se encaminó a la pared y la estuvo considerando en silencio, mientras los truenos resonaban con más y más fuerza, haciendo entrecrocarse sus rugidos en los ámbitos.

Por último pareció decidirse, y suplicó:

—¿Le importaría que mis compañeros invadieran la caverna por un momento y hablaran con usted? Se interesan todos mucho por estas cuestiones.

—¿Por qué no? Y hasta le prometo, como modo de matar el tiempo durante la tempestad, contar a usted y a sus amigos la narración de la Tribu de las Rocas y de la Tribu de las Conchas.

—¡Estupendo!—alabó el guía.

Desapareció durante unos minutos y regresó acompañado de tres jóvenes más y de dos muchachas, que saludaron con respeto al desconocido. Curiosos en unos momentos y luego el sabio les invitó

a tomar asiento en una especie de banco natural formado por una roca, tras de lo cual esperaron a que les dirigiera la palabra.

El sabio chupó meditabundo su pipa antes de hablar y señaló con el extremo de ella la pared marcada por las pinturas rupestres. Y habló con la pausa de un hombre que ha meditado e incluso vivido lo que va a relatar:

—Como les habrá contado su amigo, he logrado descifrar estas pinturas y ahora puedo explicarles muchos y remotos acontecimientos que de tal manera impresionaron a nuestros primeros antepasados, llevándoles a plasmarlos de una manera indeleble. Claro está que las condiciones de vida eran muy distintas de las actuales, pero en el fondo su manera de sentir y de pensar, aun cuando más sencilla y restringida, no difiere mucho de la nuestra...

Uno de los excursionistas le interrumpió con respeto:

—¿Eran, en lo físico, muy distintos los primeros pobladores de nosotros?

El sabio contestó con una rapidez que demostraba cuántas veces se había hecho la misma pregunta:

—No crea... Se ha exagerado mucho sobre ese punto. Ese joven podía haber sido uno de ellos, lo mismo que esa señorita que está a su lado...

Se refería a un muchacho de ele-

H A C E U N M I L L O N D E A Ñ O S

vada esbatura, musculoso, moreno y de vigoroso aspecto que, al oír la alusión, cambió una mirada con la muchacha indicada, rubia, bella y esbelta, pero curtida por el deporte. Y ambos sonrieron.

—Podemos suponer que fueron ellos los protagonistas de esta historia. Miren ustedes—aconsejó indicando la pared—. Esta mano es el símbolo de la tribu de las Rocas, dura y despiadada en su manera de ser como el espacio y el ambiente en que se movían... La Tierra aun estaba en formación, el suelo era árido, sembrado de volcanes y presto a cambiar en un abrir y cerrar de ojos. Grandes animales desaparecidos, poblaban sus selvas, perfectamente equipados para subsistir, tanto en las selvas inextricables

como en los más estériles y yermos lugares. Unicamente el hombre era débil, aunque tuviera a su favor la inteligencia para vencer todas las contrariedades y a todos sus enemigos, luchando día tras día para no dejar de vivir, con la tenacidad de la hiedra apegada al muro. El hombre solamente hablaba cambiando unos gruñidos que sustituían a las palabras, y cuando aquéllos no servían para declarar sus propósitos, se entendían mediante unos gestos más o menos expresivos.

Y el relato que va a continuación es lo explicado por un sabio desconocido, en una noche tormentosa, entre truenos y exhalaciones eléctricas, a un grupo de jóvenes modernos refugiados en una caverna.

CAPITULO II

LA TRIBU DE LAS ROCAS

Akhoba, el terrible jefe de la Tribu de las Rocas, iba delante con sus dos salvajes perros. Tras de él iban los cinco hombres fuertes de su tribu y a la zaga cuatro mujeres jóvenes, destinadas a transportar los productos de la caza. Así marchaban en silencio, como todos los días, hacia la parte menos abrupta de las montañas, en donde solían permanecer los animales menos poderosos, a los cuales mataban para alimentarse.

Segulan la cortante crestería llena de resquebrajaduras y de ásperas rocas, sin que sus pies, envueltos en pieles para resguardarlos de las aristas y de las piedras, levantarán el menor ruido. Todos iban someramente vestidos con las pieles de los animales que habían cazado y se apoyaban en largos y duros palos, que al mismo tiempo les servían de sostén y de arma defensiva y ofensiva. Muy rezagado caminaba un anciano de la tribu, que se empeñaba en seguirles, a fin de tener derecho a una tajada en el festín.

La Tribu de las Rocas era un pueblo feroz, cuya única forma de

existencia era la caza. La mayoría casi no se diferenciaba de los animales que capturaban a pura fuerza de brazos, y todos desconocían la piedad y la compasión. Ni el hambre constante ni el riesgo cotidiano debilitaban sus poderosos músculos, fuertes como alambres de acero y elásticos como gomas.

De repente se detuvieron, olfateando el aire y sus penetrantes ojos se dirigieron hacia la parte en donde soplaban el viento. Tumak lanzó un gruñido de advertencia y su puño cerrado avisó a su padre que había descubierto una presa: un jabalí, golpeándole con fuerza el pecho. Akhoba no le hizo caso y prosiguió mirando en dirección del jabalí, que armado de grandes placas córneas y de un afilado cuerno, hozaba en un valle situado a sus pies.

Akhoba, el más fuerte de los cazadores, tenía sus motivos para despreciar la señal de Tumak. Estaba celoso de él, de su destreza, de su hermoso rostro y de su valor. Su corazón hervía de rabia en su pecho al pensar que llegaría un día en que tendría que combatir contra su hijo

para conservar la jefatura de la tribu en su poder, antes de verse rogado al rincón de los hombres inútiles y de los ancianos.

Contuvo a sus perros y escuchó el jadear de sus hombres. El sol recortaba su dura silueta, tan espantosa como las fragosas montañas que le servían de morada. Pero el juvenil cerebro de Tumak no iba más allá de su deseo de lanzarse sobre el jabali y luchar a brazo partido con él hasta arrancarle la vida; por consiguiente, la inmovilidad de su padre le extrañó y le disgustó. Nuevamente su mano golpeó el hombro de su padre, pidiéndole el placer de cazar para la tribu.

Con una exclamación de ira, Akhoba se lo concedió e inmediatamente Tumak se alejó de él y de sus compañeros. Iba a demostrar cuánta era su valía en presencia de las personas más importantes de la tribu. Iban a saber quién era Tumak, el gran cazador, el valiente, el poderoso.

Con la agilidad de una cabra montesa fué saltando de roca en roca, procurando, no obstante, no levantar el más leve rumor que pusiera al jabali sobre aviso. Por fin, llegó al lugar adecuado, donde podría caer, desplomándose desde una altura de cinco metros, sobre su presa. Contrajo sus músculos y su cuerpo pareció salir despedido de un arco.

Tumak contaba con la sorpresa para vencer. El peso de su ser y la velocidad de la caída, al gravitar sobre el jabali, derribaron aturdido a éste y el joven se precipitó sobre él como un tigre. Poco más tarde el hombre y el animal se revolcaban sobre la arena y el polvo del valle, levantando nubecillas que impidieron a sus espectadores presenciar el curso de la lucha en la que, sin duda, Tumak llevaba la mejor parte a juzgar por los gruñidos del jabali.

La tribu se inclinó sobre el abismo, mientras sus ojos se llenaban de codicia y de avaricia. El anciano, más famélico que el resto, se adelantó imprudentemente y posó su pie sobre una piedra suelta; pugnó por recobrar el equilibrio, pero sus esfuerzos no le sirvieron más que para acelerar la caída. Con un alarido de espanto, chocó contra el fondo de una hoya, sin que sus compañeros hicieran caso de sus súplicas, ni le dirigieran sino una mirada falta de interés.

La Tribu de las Rocas no perdona un error. Únicamente les importaba la vida; la muerte les era indiferente. Además, los ancianos sólo servían para molestar.

Los ojos volvieron a Tumak, cuya victoria era ya manifiesta. Sus manos rodearon el corto cuello del jabali, el cual pateaba impotente para escapar de la argolla de hierro que le estrangulaba, y apretó

hasta que los músculos parecieron querer estallar bajo la morena piel. Súbitamente, como cediendo a lo inevitable, dejó de moverse y entonces, rápido como una golondrina, Tumak le soltó, recogió el palo, que durante la lucha había escapado de sus manos y golpeó con él una sola vez al animal, pero con tal fuerza, que le arrebató la escasa vida que le quedaba.

Hecho lo cual, el joven se secó el sudor que bañaba su frente y se irguió, abombando el pecho y regresando al lado de su padre. No le incumbía la tarea de transportarlo hasta la cueva: eso quedaba para los seres inferiores, no para Tumak, el gran cazador.

Akhoba y sus hombres se apresuraron a reunirse y el primero sequivó la interrogativa mirada de su hijo: refrenó a los perros y emprendió el camino de la cueva sin manifestar su aprobación.

Las cuatro mujeres formaron con sus garrotes una especie de parihuela para cargar al jabalí. Al pasar junto al anciano herido, una de ellas le quiso auxiliar, pero Akhoba la hizo volver en su buen sentido con un tremendo golpe que la derribó al suelo. Poco después únicamente eran unos pequeños puntos en la lejanía. El anciano, tal como habían hecho sus padres y sus abuelos, se resignó a lo inevitable y esperó a la muerte, que no tardaría en llegar a él en forma de

alguno de los monstruos gigantes que pululaban por aquellos lugares y cuya vanguardia era una pareja de buitres, posados sobre una peña.

A la caverna de la Tribu de las Rocas se llegaba subiendo unos escalones naturales y pinos, que ponían a la morada a salvo del ataque de las fieras. En la plataforma de roca, que daba acceso a la entrada de la caverna, estaban congregados los que no habían salido de caza, dispuestos a presenciar el sobresaliente acontecimiento de la vuelta de los cazadores con el incierto alimento cotidiano. Sus rostros se animaron al contemplar la corpulencia del jabalí cazado por Tumak, lo que suponía que su parte no sería tan poca como el día anterior, y algunos hicieron un movimiento para acercarse a él.

Akhoba lanzó una áspera advertencia a los atrevidos, que tuvo la virtud de hacerles retroceder alarmados, puesto que el jefe de la tribu sabía hacer respetar las leyes no escritas de la comunidad, asimismo como sus caprichos, y entró en la caverna. Inseparablemente, sin sonreír ni cambiar ninguna palabra de alegría, todos remedaron su gesto y se fueron aposentando en sus lugares preferidos.

Los hombres depositaron el cuerpo del jabalí sobre las brasas que ardían en el centro de la cueva, e imitaron la conducta de los

demás. Una anciana, cuyas temblorosas piernas no la sostenían a causa de los años y de la debilidad de su estómago, manipuló en el jabalí bajo la aguda mirada del jefe.

Un niño lloró en un rincón y su madre se apresuró a scallarlo, sabiendo de sobras el peligro que corría si Akhoba se impacientaba, como en efecto ocurrió. Cogió una piedra y la lanzó contra el chiquillo sin acertarle; luego, se sumió de nuevo en sus meditaciones.

Lo que pensara Akhoba dejaba indiferentes a sus súbditos, cuyos ojos se desorbitaban de gula a medida que el olor de piel quemada y de carne asada se iba coparciendo por la caverna. En cuanto estuviera asado, llegaría el momento más duro y peligroso del día.

Siendo su única ley la de la fuerza y las que esta última imponía, fueran arbitrarias o no, puesto que en resumidas cuentas habían de aceptarlas, consideraban lógico que cada cual atendiera a su persona, sin preocuparse del resto y sin tener en cuenta a los ancianos, a las mujeres y los niños.

Lo corriente, por no decir lo inevitable, era que en primer lugar cortara la carne Akhoba, luego el hombre que le seguía en vigor y así sucesivamente, de suerte que, entre la avidez de unos y la injusticia de otros, mal lo pasaban aquellos cuyos puños carecían de

vigor; de aquí la suspicacia y la envidia que aumentaban el malestar general.

La anciana clavó el trozo de pizarra, que le servía de tenedor, en el costado del jabalí y dió a entender que, según la blandura de la carne, estaba a punto de ser devorado. Todos se pusieron en pie de un salto y se acercaron gruñéndose, hasta que una seca orden de Akhoba los detuvo. Las mujeres, sin despegar los ojos de la carne, se escondieron atemorizadas, pues harto conocían que si alguna de ellas intentaba adelantarse a los hombres estaba perdida.

Akhoba se incorporó de la roca, que hacía las veces de trono, y golpeó a la anciana, que, paralizada por el hambre, no había andado muy lista en esquivarle.

Así que estuvo todo el círculo de la hoguera limpio de inoportunos, se inclinó sobre la carne, sin perder de vista a los restantes. Un segundo en que lo hizo, estuvo a punto de perecer entre sus manos, pues la glotonería les unía y les ensaltonaba para enfrentarse con él.

Los dientes de Akhoba brillaron entre su tupida barba y todos saltaron hacia atrás. Ya seguro, arrancó un gran pedazo de carne y lo lanzó a las patas de sus perros, a los que anteponía, por la utilidad que representaban sus colmillos, a su esposa y a sus hijos. Una vez

hecho esto, otro trozo enorme pasó a sus manos y se dedicó a devorarlo tranquilamente, dando al olvido el criterio y la suerte de los demás, puesto que nadie se atrevería a disputarle su porción.

Skakana, el segundo hombre tenido por más fuerte después de Akhoba, tuvo que luchar contra los otros e hizo respetar su derecho. Se apoderó de un trozo de carne casi tan grande como el del jefe y voló, mirando en todas las direcciones, hacia la grieta que le servía de aposento.

Tumak fué el tercero, como tuvieron que reconocer los demás, y poco más tarde masticaba con furia el apetitoso manjar. Poco a poco todos fueron ocupando su sitio y le llegó el turno a las mujeres que, no por ser de más frágil constitución, pelearon menos. Nupondi, la madre de Tumak, abrió la marcha, que fué cerrada por la anciana cuyos méritos culinarios se debía el banquete, la cual solamente se llevó a su madriguera un trozo de hueso con algunas hilachas de grasa y de carne adheridas a él.

Cuando esta última persona se hubo apartado de la hoguera, reinó el silencio durante un buen rato en la caverna, si silencio se puede llamar a los continuos gruñidos de placer y ruido de dientes al triturar los huesos mientras los que los producían miraban salvajemente a sus familiares temerosos de que al-

guno de ellos le arrebatara el alimento.

La caverna en tales momentos más parecía un cubil de fieras que el refugio de unas cuantas personas con visos de razón. Algo fiero y antinatural flotaba en el ambiente, sugiriendo que de un segundo a otro podía estallar la tragedia por el más trivial motivo. Por ello quizá preferían vivir al aire libre, cuando la lucha por pervivir les mantenía unidos formando un cuerpo único y dispuesto a combatir hasta el último aliento.

Akhoba fué el primero en atacar de masticar y engullir. Miró consternado el mundo hueso que tenía en las manos, como si no pudiera dar crédito de que la carne hubiera desaparecido entre sus dientes; lo lanzó a las fauces de sus dos perros y meditó unos instantes sobre el partido que tenía que adoptar para saciar su apetito.

Cuando se levantó de su asiento, un respingo de alarma, acompañado de un gruñido de protesta, fué indicio en los hombres de que se habían percatado de su acción, y en las mujeres y en los ancianos tuvo eco, dirigiéndose en la más franca huida a lugares más seguros y alejados de su alcance.

Sin embargo, Akhoba no parecía guardar un mal pensamiento hacia la propiedad ajena, puesto que sin hacer caso de la conmoción que despertaba su sencillo acto de en-

derezarse, se aproximó a la hoguera y removió los restos del jabali. Al advertir que únicamente formaba un amasón de pelados huesos, cogió uno de éstos y lo envió hacia los canes. Entonces, la idea de lo que tenía que hacer se abrió paso en su cerebro con un destello genial.

Dió la vuelta a la caverna observando la cantidad de comida que tenían su subordinados, empezando por las mujeres y los ancianos. Pero no tardó en convencerse de que éstos no merecían su atención y que si algo debía añadir a lo ya comido tenía que encaminarse hacia otro sitio.

Por consiguiente, avanzó hacia el lugar en donde se escondían los hombres, los ojos de los cuales brillaban en la penumbra con destellos de rabia y de espanto. Pasó ante los dos más débiles y, aunque aun poseían buenas tajadas, apenas si se fijó en ellos ni en sus gruñidos de protesta. Era evidente que en la parte del refugio que iba dejando atrás cundía el optimismo y una sensación de abrumadora tranquilidad. En otro momento se hubiera complacido en arrebatársela este para castigar el atrevimiento que significaba no quererle ceder su parte, pero en aquél la guía le dominaba, impidiéndole percatarse de nada.

Únicamente faltaban por investigar Skakana y Tumak, los dos

hombres más fuertes. En verdad, era algo peligroso molestarles mientras comían, igual que resulta arriesgado arrebatar un hueso a un perro. Si lo hacía estallar la lucha, que podía tener funestas consecuencias para él mismo. Un vestigio de prudencia, ya que el temor no cabía en él, le hizo vacilar antes de continuar su búsqueda, pero por último se decidió y avanzó resucitadamente en dirección de sus acobijos.

Skakana observó en seguida su llegada y se recogió sobre sí, mientras sus ojuelos se inmovilizaban al mirar fijamente a su jefe. El odiaba a Akhoba acaso más que el resto de la Tribu de las Rocas, ya que sabía que el jefe era un obstáculo para que él ocupara su lugar y que cuando pudiera hacerlo ya sería demasiado viejo para disfrutar tal prerrogativa. Y su odio le obligó a retorcer su semblante en tan espantosa mueca que casi era un desafío.

La mirada que cambiaron ambos hombres pareció durar una eternidad. Afortunadamente para ambos una nueva idea cruzó la mente de Akhoba, aconsejándole que encaminara hacia otro lugar sus disparos, evitando una colisión con Skakana que más tarde podían lamentar todos en general y él en particular. Y escogió a Tumak, que comía despreocupadamente.

El ademán de arrebatárselo el pe-

caso de carne fué algo más que un simple acto de egoísmo y de tiranía. Significaba, según su sentir, el desafío a la destreza y a la fortaleza de su hijo, en el que sólo veía un rival presto a caer sobre él en cuanto se descuidase. Padre e hijo no podían caber en la misma tribu. Akhoba carecía del sentimiento paternal necesario para refrenar con la voz de su corazón la avidez, imponiéndose un sacrificio meritorio. Inconscientemente había estado esperando aquella ocasión para probar a Tumak. Si éste no protestaba, las cosas seguirían como hasta entonces: si lo hacía, se vería libre de un competidor.

Y ocurrió, precisamente, esto último.

Tumak, al notar que su alimento se escapaba de sus manos e iba a parar a las de Akhoba, saltó de la lasca, en donde estuviera tumbado al suelo, con una nube roja ante los ojos, entorpeciendo su visión para todo lo que no fuera vengar la afrenta recibida. Como una varilla de acero se inclinó y asió un palo, que ocasionalmente se encontraba a sus pies, golpeando el hombro del jefe.

Aquello era una declaración de guerra.

Tumak, no obstante, hizo un movimiento de voluntario retroceso, que declaraba su intención de zanjar por vía pacífica el resultado de

su arrebato, pues su padre simbolizaba el vigor y la potencia de la tribu y temía el choque con él. Akhoba soltó la carne en cuestión y cogió otro palo, atacando a renglón seguido a Tumak.

De no estar tan enfurecido hubiera comprendido que su hijo únicamente se limitaba a defenderse, parando los golpes que menudeaban sobre él, mientras que se escabullía hacia la salida de la caverna, en donde podía considerarse a salvo. Con los palos enarbolados se empujaron mutuamente sin que ninguno de los dos cediera terreno. Nuevamente le atacó Akhoba, esta vez con mejor resultado, pues dando un salto hacia atrás logró el espacio necesario para dar el golpe fatal.

El garrote golpeó el pecho de Tumak con sordo ruido y el joven se desplomó, sin dejar de luchar, esforzándose por incorporarse. La madre y esposa de uno y otro intentó detener el desastroso final, que todos auguraban para el joven, pero fué tarde.

Un minuto estuvo balanceándose Tumak al borde de la plataforma, en donde empezaba el espantoso abismo, mientras que Akhoba recogía fuerzas para el empuje final. Luego, con renovada crueldad, se arrojó sobre él...

El sordo baque del cuerpo de Tumak anunció a la angustiada

H A C E U N M I L L O N D E A Ñ O S

madre que la pelea había concluido. Donde antes estuviera el gran cazador de la Tribu de las Rocas únicamente se veía el vacío. Repetaba su ser exánime en el fondo del precipicio. Nupondi deseó acudir en su ayuda, pero Akhoba la

empujó hacia la caverna marchando tras de ella.

Según la ley del más fuerte, Tumak había dejado de existir para los suyos y para el mundo de las grandes fieras y de los horribos riesgos.

CAPITULO III

LOANA

La inmovilidad de Tumak en el fondo del precipicio duró varias horas. Cuando por fin recobró el sentido, se le antojó que debía haber acontecido algo extraordinario para haber salido con bien de la peligrosa hazaña. Verdad era que le dolía enormemente la pierna y cada uno de los huesos y músculos del cuerpo, pero el hecho era que aun vivía y que podía moverse, lo que en resumidas cuentas era lo importante.

Apoyándose sobre las manos, casi gimiendo por el terrible dolor que le retorció el cuerpo, procuró incorporarse del polvo impalpable que alfombraba la base de la pared desde cuya cumbre había caído, mas tuvo que desistir de ello, de-

jándose vencer por la impotencia ante el tormento que sufría.

Pasaron varias horas más, durante las cuales su mente trabajó con desesperación. No le importaba que su padre le hubiera maltratado injustamente y despeñado, pues en cuanto pudiera cobraría retribución de tal acto, sino que le preocupaba una sensación de infinita desolación jamás sentida hasta entonces, a pesar de ser la soledad su estado habitual.

Era un proscrito. A partir del segundo en que lograra ponerse en pie y apartarse del furor paterno, tendría que vagar de un lado para otro, huyendo de los colosales animales, a los que no podía combatir él solo, peleando con las tribus

enemigas, no siendo ya el gran cazador de antaño, y morir oscuro y olvidado, sin hijos que contasen de tarde en tarde sus hazañas, su fuerza y su valor.

Entonces, la injusticia de su padre se le patentizó y se prometió que algún día, cuando fuese lo suficientemente poderoso para oponer su garrote al de él, regresaría y sería el jefe absoluto.

Tras de estas cogitaciones y sentimientos, que si eran poco bondadosos y consoladores, por lo menos le tranquilizaron, se encontró algo más dispuesto a emprender su peregrinación hacia cualquier lugar sin más armas que sus manos vacías y la dificultad de encontrarlas en los parajes más cercanos.

Se puso de rodillas, con lo cual averiguó que su pierna derecha y su cadera eran las causantes del tormento y de la abrasadora sed que sufría. Pero, de repente, hubo algo que se encargó de disipar estas preocupaciones como por ensalmo.

En uno de los extremos del barranco en donde yacía, estaba pacienciendo las escasas plantas un formidable mamut de encorvados colmillos. Los movimientos de Tumak para ponerse en pie atrajeron su atención e inexplicablemente se sintió enfurecido por la presencia del diminuto mortal que osaba hollar su reino. Lanzó un agudo he-

ruido de desafío y cargó contra él con la velocidad de una locomotora.

Tumak se enderezó de un brinco y miró en todas las direcciones buscando un refugio. Era inútil. Las paredes del barranco estaban cortadas a pico y tenía que salir por el extremo opuesto al del mamut para encontrar algo en donde ponerse en seguridad. Esta sencilla vacilación sirvió para acortar la distancia que separaba al coloso del hombre, que no tardaría en caer aplastado bajo sus patas.

El terror prestó alas a Tumak y le dió las fuerzas necesarias para correr los doscientos metros que había entre donde estaba y la salida del barranco.

Por mucha que fuera la agilidad del joven cazador, mayor era la de la enfurecida bestia, que ganaba terreno a pasos agigantados, tanto que, cuando hubieron dejado atrás el barranco y llegado a un caos de rocas y grietas, era demasiado tarde para que Tumak trepara a una de ellas.

Siempre perseguido y agonizando a causa del dolor de la parte derecha de su cuerpo, cruzó unas cañadas, ya sin serenidad para orientarse en dirección de un lugar determinado. Paulatinamente, el terreno fué cambiando de aspecto. Los arbustos menudearon, el suelo fué más llano y mayor el número de árboles. Esto, que si para

Tumak representaba una ventaja; también lo era para el mamut, el cual resollaba a su alcance, enrollando y distendiendo su trompa y bufando espantosamente.

El mamut dejó de berrear, lo cual indicó a Tumak que ya estaba a pocos metros de distancia de su persona y que alzaba la trompa para propinarle el golpe mortal, que le levantaría del suelo como si fuera una pluma y lo arrojaría al aire.

Pero de su fatigado pecho salió una exclamación de consuelo. Delante de él había un grueso árbol, lo suficientemente elevado para que el mamut no le apresara, cuando estuviera en sus ramas más altas, y lo necesariamente corpulento para que resistiera los embates de la furiosa bestia, en caso de que no desistiera en su persecución.

Con la ligereza de una ardilla trepó por el rugoso tronco, pasó de una rama a otra y se internó por la enmarañada trama de las hojas, lejos ya del poder del mamut. Empezó a considerarse a salvo, pero pronto se arrepintió de este pensamiento, pues el mamut, no contento de dar vueltas en torno al providencial árbol, apoyó el testuz contra el tronco y embistió con todo su vigor.

El árbol se estremeció y las raíces rechinaron como si fueran a estallar. Tumak envió una mirada desesperada a los contornos antes

de entregarse con fatalismo a su destino.

A pocos metros del árbol había un precipicio y el joven sabía por sus correrías que por él transcurría el río que llevaba a las regiones llanas, infestadas de fieras enormes y extrañas, pobladas de selvas peligrosas, en donde el que se aventuraba por ellas encontraba la muerte, crizadas de peligros, sacudidas por sorprendentes convulsiones y en que, por fin, raras humaredas y emanaciones hacían la vida imposible al hombre. Pero de todas formas hubiera dado mil vidas, como la que en aquel momento peligraba, por hallarse en ellas.

Un empujón más fuerte le hizo volver a la realidad. El mamut embestía con vigor creciente, como anunciando que el árbol no resistiría mucho tiempo más. Algunas raíces aparecieron sobre la superficie del suelo. Otro empujón partió el árbol en dos y, como guiado por una inteligencia superior, el mamut dedicó toda su atención a la que ocupaba Tumak.

Un choque final arrancó de cuajo a ésta con un espantoso crujido y la disparó rodando por el suelo en dirección del río. Tumak asióse con las fuerzas que le restaban de las ramas cercanas y cerró los ojos. El tronco se bamboleó en equilibrio inestable sobre la corriente hasta que, últimamente, se precipi-

tó al agua, mientras se oía un alarido de Tumak.

El mamut, satisfecho de su destructora obra, perdió interés en contemplar los resultados y girando grupas se marchó. En cuanto a Tumak, escapó por un milagro de la destrucción. El agua amortiguó el choque y, por suerte, al caer contra ella pudo mantenerse agarrado a las ramas, gracias a lo cual el pesado tronco no le destrozó.

Cuando el fresco contacto del agua le reanimó y pudo volver a la superficie del río, nadó débilmente en dirección del tronco. Con un estirón supremo consiguió subir a la parte que quedaba fuera de la corriente y en ella, como en un lecho natural, perdió el sentido.

Esta vez su desmayo duró horas enteras, ya que su robusta naturaleza estaba enteramente quebrantada por el cúmulo de desgracias que había llovido sobre él. De estar despierto se hubiera horrorizado y deseado la muerte, pero por una vez el hado se mostró benigno conservándole en la inconsciencia.

El enorme pedazo de árbol y el desfilado hombre que transportaba fueron arrastrados insensiblemente por la corriente hacia las llanuras que en un instante de desesperación había ansiado Tumak.

Fué aquél un viaje maravilloso, destinado a verter una nueva luz sobre la vida del joven cazador. Parecía obra de la imaginación el

que dos mundos tan diferentes pudieran estar tan cerca uno del otro y acabar de aquella forma, con un corte brusco y definido, poniendo una frontera natural que, claro está, influía en la existencia de los moradores de las respectivas regiones.

No se había deslizado el tronco con su cargamento más de dos kilómetros río abajo cuando las mencionadas características comenzaron a hacerse visibles. A la aridez de la tierra sucedió una tremenda, una anormal fecundidad, que ahogaba, incluso, la anchura del río y su rapidez, con la enmarañada vegetación y los disformes árboles, que erigían una muralla perennemente verde en ambas orillas.

De los bosques, que enmarcaban al río, surgían voces raras, murmullos inquietantes, ecos de peleas descomunales, que lo sacudían como si por ellos pasara un viento terrible. Gruesas serpientes se balanceaban sobre el agua, mirándose en su tranquila superficie, pendiendo de las ramas de los árboles, las cuales formaban una especie de túnel vegetal. Grotescas aves lanzaban gritos de desafío antes de precipitarse al aire, batiéndolo con sus membranosas alas. Saurios de todas las especies, dotados de una corpulencia gigantesca, recorrían el río, huyendo de la presencia de

los tremendos dinosaurios, de los mamuta...

Verdaderamente, la vida de los llanos se podía describir diciendo que era una perpetua huída de unas fieras ante otras, una eterna lid entre los animales diferentes y aun de los de la misma clase, para subsistir, costara lo que costase...

Y por tales lugares pasaba indiferente, sereno, el tronco desgajado, con su carga, el antaño gran cazador Tumak, sin que ninguno de sus habitantes sintiera la menor curiosidad por el minúsculo montoncillo de carne que tantas veces había puesto fin a la existencia de sus semejantes.

Y así, paulatina, pero seguramente, Tumak llegó a las cercanías de la Tribu de las Conchas, vecina de la suya, a la que nunca había visitado.

... ..

Loana, hija de Peytow, jefe de la Tribu de las Conchas, pescaba en el río, próxima a la caverna de la tribu, pues la experiencia había enseñado a los pescadores, de bondadoso corazón y poco guerreros por naturaleza, lo peligroso que resultaba la mayoría de las veces acercarse del alcance de la fuerza común.

Apostada en la orilla, con los pies sumergidos en el agua, Loana escudriñaba la límpida corriente, manteniendo enarbolada la delgada lanza, con la cual atravesaba

de vez en cuando certeramente un plateado habitante de las profundidades. Era rubia, bella y fuerte como un mimbre, cuya esbeltez y elegancia poseía; cada uno de sus ademanes denotaba la gracia de los animales selváticos que conocen la libertad y el poder de ser hermosos.

Loana pescaba con tanto interés, porque, a diferencia de la Tribu de las Rocas, en la suya era ley que cada uno contribuyese, conforme a la medida de sus fuerzas, al bienestar y al alimento común. La pesca la encantaba, acaso porque en ocasiones podía ver reflejada su imagen por el agua, pero sin otro sentimiento que el del raro encanto de verse a sí misma.

El cuarto pez de aquella mañana fué traspasado por su lanza y estaba ocupada en desclavarlo e impedir que se le escapara, cuando el tronco portador de Tumak pasó ante ella, para ir a varar a poca distancia del lugar en donde estaba. Por inconcebible que parezca, el destino lo quiso así, ayudado, claro está, por una curva del cauce del río.

En el primer instante, Loana no le concedió más importancia de la que realmente merecía un tronco arrastrado por la corriente desde quién sabe qué regiones. Era un acontecimiento usual ver pasarlos río abajo. Pero de pronto la lanza, que mortíferamente iba a proseguir

su tarea, quedó suspensa en el aire como el corazón de la cazadora dejó de palpitar.

Sobre el tronco, sin vida, al parecer, reposaba un hombre. Era joven, fuerte y mucho más hermoso que cuantos había contemplado hasta entonces, mucho más que Ohtao, el apuesto cazador de la tribu, quien la deseaba para esposa. Muy femeninamente, se sintió intrigada por el misterio del hermoso joven y, en lugar de dar la señal de alarma, como durante un momento estuvo tentada de hacer, soplando por un extremo de la caracola que pendía de su cuello, soltó el rudimentario instrumento y siguió mirando al desvalido.

No daba muestras de vida. ¿Estaría muerto? Este pensamiento la hizo estremecer, sin saber por qué, como tampoco sabía el porqué de estar contemplando a un hombre, que podía despertar de un momento a otro y cometer un atropello. No era nada inusitado que las mujeres de su tribu fueran reptadas por los hombres solteros de las vecinas...

No obstante, más que esta aprensión, la preocupaba la inmovilidad de Tumak. Observó que su pierna derecha sangraba y que tenía el

cuerpo desgarrado, como asimismo destrozadas las pieles que le cubrían. Estaba demacrado. A cada minuto que transcurría, más ingenuamente se olvidaba de sí misma.

Tumak hizo un movimiento y Loana retrocedió espantada, pero, repitiéndose la acción, creyó haberse engañado.

¿Y entonces reconoció en él a uno de los cazadores de la Tribu de las Rocas!

Se quedó estupefacta al hacer este descubrimiento. ¿Quién sino podía aventurarse por los grandes bosques sin miedo a nada, casi desnudo y sin armas? Los hombres pescadores no eran tan osados. Instintivamente conocía que no se equivocaba; bastaba para tener la certeza de ello considerar la fuerte musculatura de los brazos y de las piernas inertes y la anchura de los hombros de Tumak...

Este lanzó un gemido y se agitó entre las ramas antes de abrir los ojos. Levantó los párpados y miró a las hojas que tapaban el cielo. Repitió el gemido y pugnó por incorporarse.

Loana se llevó a los labios la caracola y sopló a través de ella, produciendo un sonido hueco y penetrante...

CAPITULO IV

LA TRIBU DE LAS CONCHAS

El sonido de la caracola de Loana atravesó la distancia que la separaba de la caverna de la tribu y fué percibido por el anciano, que, apostado sobre una elevada roca, oteando los alrededores, hacía de vigía.

La señal significaba que uno de los suyos estaba en una situación apurada. Repitió el sonido con un caracol de gran tamaño, produciendo una vibración parecida a la de una bocina. Inmediatamente, de todos los recovecos de la selva y de las orillas del río brotó una muchedumbre de personas, encaminándose con precipitación hacia la caverna.

Los escalones que llevaban a ésta se vieron cuajados de gentes de todas las edades y sexos y la plataforma que le servía de vestíbulo se pobló de personas excitadas, que consultaban nerviosas a Peytow, el jefe de la tribu.

No les fué difícil averiguar que la llamada se debía a Loana, la única que no había acudido a la caverna al promoverse la alarma. Peytow ordenó con un gesto que los niños y las mujeres entraran

en el refugio y a continuación mandó a los hombres que se quedaran unos en la plataforma y a otros que, tras de recoger sus lanzas armadas en un extremo con afiladas hojas de pedernal, marcharan en auxilio de la joven.

Todo esto aconteció en un segundo. Un grupo de cinco varones se internó en la selva, avanzando hacia el apostadero de pesca habitual de Loana. Cuando lo alcanzaron se sintieron tranquilizados al no encontrarla en peligro. Al contrario, les hizo un ademán que indicaba que se reunieran con ella y que miraran hacia la parte del río, oculta por la maleza de la orilla.

Sin preocuparse de que Tumak perteneciera a la arisca Tribu de las Rocas, todos entraron en el agua y tras de algunos esfuerzos para desempotrarle de las ramas que se enredaban sobre su cuerpo, lo llevaron a tierra firme. Luego, cuatro de ellos cruzaron sus lanzas y lo tumbaron en aquellas rudimentarias parihuelas, emprendiendo la vuelta a la caverna, con la rapidez de quien sabe que la vida de un semejante pende de la

ligereza en administrarle los cuidados necesarios.

Cuando el resto de los moradores de la caverna vieron que Loana regresaba sana y salva, lo mismo que los varones que habían ido en su ayuda, demostraron su alegría, pero sin atreverse a bajar de la plataforma para curiosos y hacer cábalas sobre la persona que habían recogido.

Peytow no dijo una palabra al averiguar quién era Tumak, pero los demás esquivaron su presencia como si el solo acto de mirarle fuera mortal. Fué, pues, necesario que su jefe les hablara para que el sentido común entrara de nuevo en sus mentes y para que sus protestas fueran acalladas.

Así la conmiseración y la bondad usuales a los pescadores salieron a flote y todos escoltaron al herido al interior de la caverna, en donde, después de consultar con la mirada a Peytow, depositáronle en una especie de lecho de piedra, cubierto de hojarasca y hierbas para amortiguar su dureza.

Aparentemente, en cuanto Peytow y su mujer hubieron asistido a Tumak, curándole sus desgarrones y llagas, la curiosidad se esfumó de todos los pechos. Mas, ciertamente, sólo se debía a la orden del jefe de que no le molestaran en vano, con lo que intentaba que, al volver en sí Tumak, no tuviera un acceso de furia al ser considerado como un extranjero.

Peytow reunió a su tribu en torno de la comida, que humeaba en el centro de la caverna. Todos se arrodillaron en el borde de piedra, lanzando miradas de soslayo hacia Tumak. El temor de que éste se despertara y se precipitara sobre ellos era innegable.

Fué preciso un gruñido de Peytow para arrancar a Loana de la contemplación en que estaba sumida. Había sido la única que, gracias a su prestigio, no había obedecido al jefe y había permanecido por las cercanías del lecho del herido, mirándole como fascinada. No dudó Peytow de lo que aquello quería decir y sus ojos fueron de su hija a Ohtao, uno de los salvadores de Tumak, a quien sabía enamorado de ella.

La dulzura de carácter de Ohtao no impidió que su corazón experimentara una suerte de mordedura muy semejante a los colos, al comprender el interés de Loana por el desconocido, y logró dominar la desagradable pasión con esfuerzo, acudiendo a la mesa común, al mismo tiempo que la joven.

Esta, al oír la voz de su padre, fué hacia un rincón. De una grieta extrajo las grandes conchas, que servían de platos a los comensales, y, arrodillándose junto a Peytow, se las fué alargando una tras otra, a medida que las iba llenando. Y las conchas pasaban de mano en mano, siendo los primeros en comer los débiles de la tribu.

Mientras el reparto de la comida tenía lugar, Tumak se revolvió en la cama de hierbas y recobró el sentido por completo, enviando una ojeada de prevención, cautelosa, a la caverna y a sus ocupantes. Lo que vió le hizo dar un salto y cambiar de posición, echándose de bruces, para poder observar mejor.

El motivo de su interés y de su rápido movimiento había sido la forma en que se realizaba la comida en la tribu que le había recogido. Tumak no estaba alarmado; sabía de oídos que la Tribu de las Conchas se componía de hombres que preferían pescar a luchar con las fieras y estaba demasiado orgulloso de su valor y de su fuerza para no despreciarlos.

¿Qué hacían aquellos abominables sujetos? Comían sin gruñir, en primer lugar los niños y las mujeres y ninguno parecía codiciar lo que llenaba el raro recipiente que aproximaban a sus bocas. Si lo codiciaban, se contenían. ¿Qué noticias eran!... ¿Con lo fácil que resulta coger lo que se quiere, aunque ello sea peligroso!

Además, ni uno espiaba con malévola intención a sus vecinos. Bastaba una palabra de un anciano de larga barba y de brazos delgados, para que todos acatazan contentos lo que decía. ¿Por qué no le hacían callar de un garrotazo?... La tribu se tenía que regir por el más vigoroso, si no mal lo pasaría.

Pero así que hubo salido de su extrañeza, empezó a aquilatar su error.

Todos los pescadores expresaban algo que jamás había visto en su tribu: la alegría y la paz. Se reían de vez en cuando y estaban más rollizos que los cazadores. Había, por tanto, algo extraño que él no lograba explicarse y que achacaba a la inferioridad de sus salvadores.

De pronto sintió un hambre ferroz. No tendría otro remedio que dominarla hasta que se pudiera valer y arrebatarse una concha a alguno de los que comían. Estaba demasiado cansado y dolorido para combatir, aun cuando fuera con uno de los chiquillos. Pero observó que una joven rubia se levantaba con una concha llena de comida en las manos y avanzaba hacia él.

Sin saber por qué causa, su corazón latió apresuradamente al tenerla tan cerca que la podía derribar con una mano. Loana no se asustó del gruñido que exhaló Tumak; antes al contrario, le ofreció la concha con una sonrisa y con expresivos movimientos de cabeza.

Por primera vez en su vida, Tumak experimentó algo semejante a la vergüenza, que unida al hecho de que no podía apartar sus ojos del rostro de la hermosa joven, le impidió aceptar inmediatamente el ofrecimiento. Casi le interesaba más Loana que la comida. Nunca había tenido nada tan hermoso de-

zante... Por último, le arrebató la concha y devoró a la manera de la Tribu de las Rocas lo que contenía, mirando ferozmente en torno suyo y sin hacer caso de la repugnancia de los pescadores.

Loana regresó al lado de su padre y le estudió con pena, pero un golpecito que Peytow le dió en el hombro le avisó de que no se fijase en él con tanta insistencia. Tumak, poco después, se durmió apaciblemente.

Los días pasaron y Loana acrecentó el poder que tenía sobre Tumak, acompañándole constantemente, así que pudo andar renqueando, de la misma manera que no se apartó de él, mientras el dolor le mantuvo acostado.

Y en el transcurso de aquellos días, Tumak aprendió muchas cosas, aunque no lograron limar repentinamente su aspereza y barbarie. Sabía que la Tribu de las Conchas, por un motivo ignorado, le había acogido cariñosamente y tratado como a uno de los suyos, y que, además, a pesar de ser más miedosos que él, estaban mucho más adelantados que la Tribu de las Rocas.

Cuando salió al exterior apoyándose en un palo, lo primero que advirtió fué a los pescadores cavando el suelo con pedazos de piedra sujetos a garrotes y cuidando de los árboles cuyos frutos comían con delicia. Ahora bien, el apetito

de Tumak había aumentado en razón directa a la recuperación de sus fuerzas y apenas le dejó tiempo para que meditara sobre aquel desconocido régimen de vida. Si los niños y los hombres podían comer las frutas, asimismo lo haría también él.

Recto como una flecha y con toda la velocidad que le permitía su pierna envarada, llegó a un grupo de muchachitos y, sin detenerse, les arrebató dos manzanas de gran tamaño. Al intentar recobrar las frutas el muchacho desposeído de ellas, Tumak le envió contra el suelo de un manotazo.

Un grito de horror escapó de la boca de todos los que estaban cavando, pero nadie osó oponerse al atropello de Tumak, el cual, muy satisfecho de que se reconociese su superioridad, aunque un tanto extrañado por la escasa resistencia que ofrecía aquella tribu tan unida, mordió el fruto con delicia.

Mas al ir a repetir el mordisco, una mano le arrebató ambas manzanas..

Con un rugido de amenaza se volvió hacia el que desafiaba su poder y se quedó inmóvil y con la boca abierta. Había sido Loana, la cual sacudía la cabeza con desaprobación y hacía gestos indicando que el fruto pertenecía al muchacho, puesto que él lo había cogido. Tumak recapacitó y volvió a extender sus manos para apoderarse

de las manganas. Otra vez sacudió la cabeza Loana con tanta energía que Tumak se sintió incapaz de insistir.

Los pescadores se echaron a reír y él se batió en retirada, enfurecido de haberse entregado al poder de una mujer, encaminándose hacia la cueva. Cuando pisaba los escalones, Loana le detuvo, le sonrió y aquello fué bastante para que su ira desapareciera; comenzó a darse cuenta de qué era lo que unía eternamente a los hombres y a las mujeres de la Tribu de las Conchas.

Tumak estaba enamorado.

Pasaron ambos jóvenes ante Ohtao ocupado en insertar una hoja de pedernal en el extremo de un palo. Después, cuando lo hubo conseguido, ligó fuertemente la abertura, asegurando la piedra. Tumak se paró asombrado y le arrebató la lanza, encogiéndose los hombros muy perplejo y levantando su garrote.

Ohtao entendió la pregunta y recuperando su lanza, asestó con ella unos lanzazos en el vacío, con lo que quedó explicado de forma teórica el uso del arma. Tumak comprendió a medias y le quitó la lanza de nuevo, levantándola en el aire como hacía al pelcar con su palo y a continuación pinchó varias veces el aire. Ohtao afirmó a esto último.

El cazador se alegró como un chiquillo que recibe un nuevo ju-

guete y demostró deseos de quedarse con la lanza, pero Ohtao meneó la cabeza riendo y se la quitó. La sangre hirvió en las venas de Tumak y su mano agarró la lanza, teniendo que intervenir Loana para que no estallase una disputa. Por segunda vez en aquel día, le enseñaron que las cosas son del que las hace o el que las consigue con su esfuerzo.

Loana, animada por el poder que tenía sobre el joven, quiso hacerle una pregunta muy difícil de formular por el corto número de palabras conocidas. Deseaba saber el nombre de Tumak. Con el índice se señaló a sí misma y dijo:

—¡Loana!

Tumak arqueó las cejas y miró a Ohtao, que asentía a la muchacha, encogiéndose de hombros. Entonces, Loana le señaló a él, con lo que su perplejidad creció. De nuevo, la joven se indicó y repitió su nombre y el cazador hinchó el pecho con orgullo y exclamó:

—¡Tumak!

—¡Loana! — repitió la joven, sonriendo.

—¡Tumak!—contestó el cazador.

Loana posó la mano en el hombro de Ohtao, lo que hizo protestar a Tumak, y anunció:

—¡Ohtao!

Los tres se contemplaron muy satisfechos por el conocimiento más preciso que habían trabado.

Llegó la hora de comer y los

pescadores se apilaron en torno de la hoguera, sin que Loana consiguiera que Tumak imitara su ejemplo. El cazador se empeñó en rehuir la compañía de los demás y esperó a que su enamorada le llevara la concha a su lecho como solía hacer.

Para una naturaleza tan vigorosa como la suya, que volvía a ser la de siempre, la concha llena de comida resultó únicamente un bocado, que sirvió para acrecentar su hambre. Meditó sobre lo que iba a hacer y en la desaprobación de Loana, pero se dijo que no importaba nada. El era de su tribu y no de aquella.

Antes de que se hubieran puesto sobre aviso, Tumak corrió hacia los comensales y arrebató a uno de ellos su concha, haciendo caso omiso de sus protestas. Se refugió en su cama, lanzando gruñidos de advertencia, que indicaron a Peytow que era preferible no hacer caso del atropello y servir nuevamente al despojado.

Loana entregó a éste su parte de comida, lo cual fué bien visto por Tumak, mas no le conmovió ni poco ni mucho, antes bien fué encogiéndose sobre su cama y profirió rugidos de amenaza al advertir que la joven avanzaba hacia él. Estaba seguro de lo que deseaba y sobraron los ademanes de ella, en que iba envuelta una súplica para que enmendase el daño, pero Tu-

mak siguió en sus trece, triunfando por primera vez en aquel día.

Una vez que Loana se atrevió a posar su mano en su hombro, con un gesto brusco la separó de sí y la envió tambaleándose hacia la hoguera. Peytow, temiendo, no sólo por su hija, pero porque ésta perdiera toda su autoridad sobre el cazador en la cual basaba su esperanza de civilizar a Tumak, la ordenó que regresara a la hoguera.

Y cuando la joven se negó a comer más, a pesar de que le ofrecían otra concha, y la reunión se disolvió, yendo cada uno a sus quehaceres entre los que destacaba el de Peytow, el cual esculpía monigotes en la pared, Tumak poco a poco fué comprendiendo la falta que había cometido y que Loana deseaba pagarla por él. Entonces se prometió dominarse desde aquel momento en adelante.

Tumak, gracias a su despierta inteligencia y a una mayor sensibilidad, fué adecuándose a las costumbres y afectos de la Tribu de las Conchas, no sin cometer algunos atropellos en los momentos en que la sangre se le subía a la cabeza. Odiaba a Ohtao, de quien tenía celos, y le envidiaba por poseer numerosas puntas de lanza, que deseaba sobre todas las cosas para experimentarlas en la casa. No obstante, Loana lograba amortiguar paulatinamente los desmanes del hombre que amaba y los fué

disminuyendo hasta reducirlos a la nada.

El último que comió Tumak fué motivado por la posesión de unas raíces que los pescadores cosechaban en sus campos. Tumak estaba sentado en su cama, viendo como sus huéspedes entraban y salían de la caverna, en donde depositaban en el montón común las mencionadas raíces.

Pensó que aquello era un comestible de inapreciable valor, puesto que los pescadores se tomaban tanto trabajo en recolectarlo y, cuando se imaginó que nadie le observaba, asió un puñado del montón y lo ocultó debajo de las hierbas que le servían de lecho. Sin embargo, un hombre saltó sobre él gritando y quiso recuperarlas. Tumak le tumbó de un puñetazo y gruñó a los que iban en auxilio del agredido.

Peytow les obligó a dejar en paz a Tumak, lo que le llenó de orgullo. No obstante, Loana se sentó a su lado e instó con gesto y con palabras apenas articuladas a que devolviera su robo, sin conseguirlo.

Peytow anunció que la comida estaba preparada y Loana indujo a Tumak a que comiera con ellos, como hizo. En cuanto la primera concha pasó por sus manos, la devoró en un abrir y cerrar de ojos y fué necesario que le explicasen que debía ir a parar a la persona a quien se destinaba. Con aire con-

trito, lo hizo así y Peytow tornó a llenarle su concha. Se repitió su acto primero y al encontrarse consternado ante la concha vacía, cogió la del primero que encontró más cerca, lo cual fué causa de un diluvio de protestas.

Loana le quitó suavemente la concha de las manos y se la entregó para que se la devolviese al hambriento dueño. Hízolo así y al notar el aplauso con que premiaban su gesto, corrió a su cama y lanzó las raíces al montón común, con lo que creció la alegría.

Loana le llevó ante el jefe de la tribu y dijo tocándoles los hombros sucesivamente:

—¡Tumak!... ¡Peytowl!... ¡Baba!

Con lo cual le indicaba que era su padre. Le tomó las manos entre las suyas y las puso en los hombros de Peytow, como saludo y en reconocimiento de su autoridad. El jefe remedió agradecido el ademán y Loana le presentó a Ataf, su madre, que también le sonrió.

Todo aquello hubiera dado mucho que pensar a Tumak, pues en su tribu se desconocía el respeto y el cariño a los padres, pero Loana no le dió tiempo para ello, sino para tomar nota del acto, y le condujo hacia la entrada de la cueva y le hizo sentar a su lado, mientras Ataf y Peytow movían complacidos la cabeza.

El contacto de la mano de la joven le resultó muy grato y la apre-

tó con calor. Loana le miró a los ojos y le sonrió con tal expresión que obligó a acudir, con la alarma de los celos, a Ohtao, el cual se aposentó al otro lado de la joven. Esta se puso a cantar, cosa que jamás había oído Tumak y que le agradó mucho, pero cuando Ohtao, entusiasmado por el dulce timbre de Loana, siguió su ejemplo, la mano del cazador se cerró imperativamente en torno de su garganta obligándole a silenciar su entusiasmo.

* * *

Mientras tales cosas sucedían a la orilla del río, educando a Tumak y haciéndole mejor y más dispuesto para el mando, aconteció algo, en la Tribu de las Rocas, que se interpuso entre él y la venganza, que planesha desde que fué expulsado de ella.

Akhoba, desde el día en que Tumak desapareciera, vióse obligado a dedicarse a la caza, puesto que el resto de los hombres no era hábil para ella. Orgullosa de sus invencibles músculos cometía proeza tras proeza, destinadas también a borrar el mal efecto que su injusticia había causado.

Pero su osadía le costó cara.

Un día saltó sobre un bisonte y le agarró de los cuernos, procuran-

do dominarle y retorcerle el cuello, quebrantándole de tal forma las vértebras cervicales.

Largo rato duró el combate entre el hombre y el bisonte con suerte alterna, revolcándose por el suelo y pareciendo, a medida que pasaba el tiempo, que la victoria se inclinaba en favor de Akhoba.

Cuando el resto de los cazadores se aproximaba para ayudarle a rematar al animal, éste, con un vigoroso movimiento de cuello, derribó al jefe sin conocimiento, que recobró para presenciar que un tropel de mamuts avanzaba en su dirección con las trompas enarboladas...

Esto fué suficiente para que la jefatura se escapara del poder de Akhoba. Las patas de los bisontes le destrozaron el hombro derecho y desarticularon su pierna. Skakana, notando su impotencia, se encará con los hombres, que habían presenciado impasibles el desastre, y levantó su palo sobre su cabeza.

Ninguno de ellos tuvo el valor de combatir con él y regresaron a la cueva con la noticia de que Skakana sería en adelante el jefe de la Tribu de las Rocas, mientras que Akhoba se arrastraba penosamente por los laderas de la montaña y más tarde se refugiaba en un rincón, inútil para luchar con el más débil de sus antiguos súbditos.

CAPITULO V

LA EXPULSION

Tumak se había transformado completamente; no sólo en su interior había sucedido un profundo cambio espiritual, que acrecentaba su percepción y comprensión de las cosas y sentimientos, que en otro tiempo le hubieran parecido triviales, pero también el cambio había alcanzado el aspecto externo de su persona.

Con la ayuda de Peytow y de Loana substituyó su antigua y desastrosada indumentaria de pieles por otra que se acoplaba mejor a sus miembros permitiéndole una mayor soltura en los movimientos. Sus pies iban calzados con ligeras y resistentes abarcas, en lugar del desgastado amasijo de pedasos de cuero por curtir que entorpecía sus pasos.

Naturalmente, todo esto tuvo un reflejo en su conformación física. En poco tiempo se convirtió del ágil e indomable cazador, en un hombre completo capaz de combatir con ventaja contra tres pescadores. Era más robusto y había desaparecido la demacración de su rostro, atribuible a su agitada existencia anterior. El amor era quien

había obrado tal milagro, aunque de ello no se hubiera percatado.

Este amor más refinado y sutil que el corriente en aquella edad, unía a ambos jóvenes en todos los actos más sencillos de la vida y era visto con buenos ojos por todos, incluso por el mismo Ohtao, el cual, enamorado profundamente de Loana, reconocía, desde la evolución de Tumak, en éste a un superior, tanto en valor y destreza física como en inteligencia.

Una mañana, Tumak salió algo más tarde de lo acostumbrado de la cueva. Claro está que no teniendo ninguna ocupación, puesto que aun no hacía nada por la comunidad, era libre de obrar a su antojo. Bajó alegremente los escalones de la plataforma y cambió algunos gruñidos con el centinela de la tribu.

La mayoría de ésta se hallaba ocupada en la recolección de los vegetales y frutos del campo contiguo a la entrada de la caverna, trabajando con el contento de quien sabe que sus esfuerzos se ven recompensados. Las mujeres y los ancianos se ocupaban en las ta-

borea más pesadas, mientras que los niños y los muchachos recogían los frutos maduros caídos en el suelo y los que pendían de las ramas más cercanas a éste.

Cinco o seis chiquillos de corta edad saltaban en vano para alcanzar un ramo de manzanas maduras algo más elevado que el resto. Por inteligentes que fueran y adelantados que estuvieran en ciertas cosas, a ninguno se le ocurrió lo que a Tumak, cuando vió los graciosos esfuerzos de las criaturas.

Hizo que se separaran a algunos metros de distancia del árbol, hecho que ya de por sí llamó la atención y dejó expectantes a los pescadores. ¿Se decidía Tumak por abandonar su retraimiento? Dejaron de trabajar y estudiaron sus movimientos, prestos, en caso de necesidad, a contener un stropello.

Pero Tumak estaba en la mejor disposición de ánimo y quizás también un tanto orgulloso de lo que se disponía a hacer. Agilmente trepó por el tronco y alcanzó las ramas centrales; una vez en ellas, asentó bien los pies y extendió sus robustos brazos, atrayendo las ramas más alejadas hacia sí. En esta posición sacudió con todas sus fuerzas al árbol, de modo que las manzanas cayeron en lluvia hacia el suelo.

Una exclamación de contento y de asombro surgió de todas partes y todos saltaron sus aperos para ayudar a los chiquillos en la reco-

lección. Tumak lanzó un grito de aviso y prosiguió sacudiendo el tronco hasta que juzgó que había llenado sus esperanzas y bajó de un salto.

Todos le rodearon excitados y le ofrecieron riendo las manzanas que tenían en las manos. Y Tumak hizo algo que le espantó. ¡Se echó a reír con ellos! Sus blancos dientes brillaron al sol. Dejó de reír asustado y se pasó la mano por la cara como comprobando que no había en ella nada anormal. Verdaderamente no lo había, el rostro no le dolía y experimentaba un goso placer, mucho más sencillo y fácil que la alegría de abatir a un animal feroz.

Repitió la risa y le pareció que su ser se expandía hasta los confines de la selva. De repente se acordó de Loana y que tenía que conocer aquel importante descubrimiento; se marchó, pues, dejando a los agricultores entregados a sus gesticulantes comentarios.

Siguió la ribera del río para llegar al lugar en que Loana pescaba todos los días y que era en donde le había visto sobre el tronco del árbol. Se detuvo junto a ella y contempló en silencio, antes de requerir su atención, sus rápidos y eficaces movimientos, que casi semejaban obra de magia. Escudriñaba el agua e inmediatamente enviaba su lanza al interior del río, sacándola con un per atravesado y tembloroso en la punta.



— he logrado descifrar estas pinturas—



golpeó al jabali con tal fuerza—



Albino colgó a los perros—



...y le Dió el cuerpo a las mujeres...





...sería que vagar de un lado para otro, huyendo de los estorques animales...



...lo llevaron a tierra firme.



Tumak recibió el sustido...



Cantando sin pruriti, en "primer lugar" los niños...





Tizitk estaba enamorado de Louisa.



Le destrozaron el hermoso despecho y demorriculacion
—su pierna.



—adelantaron con sigilo, con la esperanza de que el
reptil durmiese—



...Tumak ayudó a Lonná hasta una prieta...



Los pequeños que hizo Tumak, los ayudó a Lonná...



...una deslumbradora alegría animó a la madre a imitar su gesto



Los pequeños que hizo Tumak, los ayudó a Lonná...

Los misioneros del desierto. En primer plano, un sacerdote.



Levantó así a la fuerza a Akhóba.



Los misioneros volaron sobre ellos.

La costumbre de besar al padre en las despedidas.



...Y Tabara pensó al intentar salvar a su hijo.



El catáclismo alcanzó su mayor grado de intensidad.



Comenzaron la tremenda cacería.



HACE UN MILLON DE AÑOS

Así que hubo desclavado el pez, la cogió por los hombros, gesto que equivalía a la más perfecta demostración de su cariño, obligándola a mirarle. Entonces se echó a reír satisfecho con la mejor gana del mundo y Loana le sonrió para olvidarle un segundo más tarde. Pero Tumak no se contentó con la sonrisa y le dió un golpe en la espalda, riéndose y haciéndole percatarse de la novedad.

Pasó la hilaridad y Tumak se acercó con ella al borde del agua, esforzándose en descubrir alguna presa, sin saber que la eficacia de Loana provenía de la práctica de muchas generaciones entregadas a la pesca. Los ojos casi le dolieron de la intensidad con que miró sin ver nada, lo cual no impidió que la lanza se hundiese como una centella con resultado positivo.

Tumak le suplicó que le dejase la lanza y se apostó, seguro del éxito de la fuerza y rapidez de su brazo. Pasó un veloz pez ante sus ojos y movió con celeridad el arma... para sacarla sin la presa.

Loana sacudió la cabeza y se dispuso a demostrarle lo simple que era. Y así fué; segundos más tarde un tercer pescado iba a agornizar sobre la hierba. La sangre se le subió a Tumak a la cabeza. En su tribu las mujeres eran seres inferiores en todo al hombre y ahora se demostraba que aquello era un error y que él tenía la torpeza de

un recién nacido. Malhumorado arrancó la lanza del poder de la risueña Loana y se metió en el río.

Hincó repetidas veces e inútilmente el arma en el agua, mientras que la hilaridad de la joven aumentaba a cada intento vano.

Durante el comienzo de la irritación de Tumak, los niños acabaron de cosechar las manzanas, derribadas gracias al ingenio del cazador, y miraron consternados hacia lo alto, en donde relucían apetitosas. Uno de ellos dió una palmada y exclamó:

—¡Tumak!

Y así quedó bautizado el reciente procedimiento de conseguir los frutos. Todos se precipitaron hacia el tronco y en un santiamén cabalgaron en las ramas, imprimiéndoles violentas sacudidas con óptimos resultados. Pero de ser un trabajo aquello se convirtió en un juego...

Tumak lo veía todo rojo. Una veintena de veces se le habían escapado los escurridizos moradores del agua y estaba desesperado. Agarró la lanza por un extremo y azotó violentamente la superficie, salpicando a Loana y mojándose completamente, ciego de ira por su fracaso.

La bocina del centinela de la caverna retumbó en la selva, avisando que algo anormal acontecía en las cercanías. Loana se metió en el río, desesperando de convencer

a Tumak de que debían regresar apremiadamente, y estiró de su brazo, sin conseguir volverle a la realidad. La caracola seguía sonando con un alarido que helaba la sangre en las venas, pero Loana no quería regresar sin Tumak y éste era incapaz de atender cuanto no fuera desfogar su rabia.

¿Qué ocurría en la caverna?

Un colosal iguanodonte la acechaba, caminando lenta pero seguramente en su dirección. Ya estaba a unos veinte metros de ella, cuando todos los habitantes se aprestaban a la defensa. Únicamente faltaban Loana, Tumak y una niña.

El horror invadió los corazones al oír el llanto de esta última en la copa del árbol, del que habían bajado todos sus amiguitos, y más aun porque la bestia, atraída por los gemidos, marchaba directamente hacia él.

Ohtao brotó de la cueva empujando una lanza y metiéndose un hacha de pedernal en el cinturón; buscó con los ojos a la joven y, al no encontrarla allí, desoyendo las advertencias de los demás, gritó, poniéndose en movimiento:

—¡Loana!

Al punto descendió de un brinco los escalones, pasó por delante del iguanodonte y llegó al puesto de pesca de la joven, que aun pugnaba por convencer a Tumak de que debían refugiarse en la caver-

na. Ohtao unió sus ruegos a los de ella, exclamando:

—¡Bicha! (Nombre que daban a los monSTRUOS.)

Pero Tumak siguió sordo y Ohtao le abandonó momentáneamente, arrastrando a Loana hasta la cueva, en donde sus padres la tuvieron que retener para que no fuera en busca de su enamorado. Pero Ohtao, con un gran desprecio de su vida y una gran lealtad hacia la ajena, corrió en ayuda del cazador, pasando casi bajo las patas del animal, que bufaba con una fuerza terrible.

Esta vez Ohtao tuvo más éxito y comunicó a Tumak el peligro que amenazaba a la tribu. La ira del joven se desvaneció, dando libre paso al instinto alerta y guerrero de su tribu. Siguió al abnegado pescador y estaban a punto de llegar a la plataforma, cuando el llanto y los gritos de la niña del árbol llegaron a sus oídos.

Arrebató la lanza a Ohtao y le impelió hacia la caverna, olvidándose de todo, fuera de socorrer a la desvalida criatura y pagar la deuda de gratitud que tenía contraída con la tribu. También le impulsaban su valor, su sed inextinguible de combatir y el deseo de probar la maravillosa arma que los pescadores sabían construir.

Estos últimos, al notar su ademán, lanzaron espantosos gritos en los que sobresalió el lamento desca-

H A C E U N M I L L O N D E A Ñ O S

perado de Loana, por no lograr reunirse a él y hacer frente al iguanodonte, unidos ambos, pero Tumak tampoco los oyó y siguió avanzando...

Únicamente le separaba de aquel monstruo que sacudía el árbol, la distancia de la longitud de la lanza y se parapetó detrás de un matorral de plantas.

Con todo el vigor de sus poderosos hombros hincó la lanza en el pecho del animal. La punta penetró con facilidad la piel y se clavó en la carne, dando curso libre a un torrente de sangre, acompañado de un espantoso grito anunciador de que Ohtao no había mentado al alabar su invento.

Lo que antes fué ataque, ahora se transformó en resistencia. Tumak repitió los golpes, con el frenesí del cazador que defiende su vida, y el largo palo, no sólo le puso a salvo de las patas delanteras del iguanodonte, ayudándole a herirle a riesgo, pero al mismo tiempo le auxilió a mantenerle quieto y lejos de la niña.

Finalmente y ante la admiración general, el iguanodonte buscó agredir por última vez al hombrecillo, que le destrozaba el pecho a lanzazos, con lo que precipitó su fin. Tumak arremetió a la desesperada contra él y la punta de piedra le partió el corazón.

Los componentes de la Tribu de las Conchas bajaron y corrieron hacia él, aclamándole. Tumak an-

duvo con imponente dignidad y con los hombros echados hacia atrás hasta ponerse al lado de Loana y de sus padres. La muchacha apoyó la temblorosa mano en su fuerte brazo, premio que fué más que suficiente para el entusiasmado cazador.

Poco después, la tribu se encaminó hacia la caverna, yendo al frente de la misma el sonriente Ohtao que, incapaz de demostrar sus celos ante un valor semejante, aprobó la gallarda apostura de Tumak, pero en cuanto quiso recuperar su arma estalló la tensión nerviosa de ambos.

Tumak le apartó de un brusco empujón y Peytow sostuvo a Ohtao, el cual hubiera caído cuan largo era y, sin miedo de volver a repetir la prueba, alargó su mano con idéntico resultado.

Loana, comprendiendo que el cazador no estaba lejos de dar rienda suelta a la latente ferocidad, que en parte disimulaba su cambio, intervino en la contienda y restituyó el arma a su verdadero propietario, pagando la sumisión de Tumak con una mirada cargada de promesas, por la que Ohtao hubiera entregado todas sus armas de buen talante.

Llegó la noche y cada cual ocupó su lugar acostumbrado para dormir, concediendo el descanso a sus fatigados miembros. No obstante, uno de los ocupantes de la caverna no lograba conciliar el sueño. Era éste Tumak, cuyo espíritu, ener-

vado por los acontecimientos del día y por su gran victoria, no alcanzaba el merecido reposo.

Realmente, cierta culpa tenía en ello el joven. Es decir, que permanecía simulando dormir adrede, manteniendo y contentando la tempestad de encontrados sentimientos que bullían en su pecho. Descaba tomar una decisión sobre un importante asunto y anhelaba, por otra parte, no hacerlo, puesto que le enfrentaría tanto con toda la Tribu de las Conchas como con Loana. Y era, precisamente, la imagen de esta última la que refrenaba sus rapaces impulsos.

Desde que triunfara sobre el iguanodonte, todos los pensamientos de su cerebro habían girado en torno al derecho de posesión que creía tener sobre la lanza de Ohtao. Únicamente él, gracias a su destreza y valor, se había hecho merecedor de ella, puesto que el otro no había sabido usarla. ¿Qué era la maravillosa punta de piedra pulida para un hombre que huía al encontrarse ante un enemigo?

Tumak era un gran cazador y no le aterrizzaba la muerte. Con la lanza sería invencible, podría retornar a su antigua tribu e imponer su ley, dominando con facilidad a los descontentos y tomando venganza de la injusticia. Daría, además, la prosperidad a los cazadores, enseñándoles cuanto había aprendido...

Un solo punto flaco tenía su plan

y éste era el que le retenía sobre las hierbas de su lecho: la indudable repulsa de Loana, si no era otra cosa peor, como, por ejemplo, ser expulsado de la acogedora caverna y de la grata compañía de los pecadores. Tumak comprendía cuánto representaba en su existencia la hermosa joven y la rebeldía que su bondad sufriría si realizara el acto...

Antes, sin embargo, de que se hubiera percatado de lo que hacía, cediendo a las voces que más arraigo tenían en su naturaleza y desafiando a su amor y a su lealtad, en un segundo de loca independencia, puso el pie en el suelo de la caverna pulimentado por el roce de las plantas humanas, y con paso sigiloso, hurtando el reflejo de las llamas de la hoguera perennemente encendida, atravesó los metros que le distanciaban de donde reposaba Ohtao.

Una vez estuvo ante él, con felinos movimientos y el corazón palpitándole, su mano buseó al otro lado del cuerpo del durmiente y se cerró sobre el palo de la lanza y el mango de una hacha de pequeño tamaño. Espió la respiración del robado y no descubriendo en ella nada anormal, retornó tranquilamente hacia su lecho.

Pero se había equivocado. Su presencia había sido percibida por el monstruosamente desarrollado instinto del peligro, que los habitantes de aquellas edades tenían, y

Ohtao le sorprendió en la mitad de su camino. Ambos hombres se miraron con los ojos centelleantes, en donde lucían la codicia, los celos y la rivalidad, y Ohtao fué el primero en atacar.

Tumak le lanzó al suelo con el revés de la mano y prosiguió su interrumpida marcha, pero el caído se levantó casi al punto para ser vencido de nuevo. En esta ocasión el ruido de su caída despertó a los pescadores, los cuales no tardaron en adivinar lo que ocurría al ver a Tumak en posesión de la lanza y del hacha.

Quisieron impedir que chocaran de nuevo. Loana rogó a Tumak con el gesto que cediera, mas el cazador, entre la cólera de haber sido descubierto en un acto delictivo y la resistencia que oponían a la realización de sus deseos, no le prestó oídos y así, cuando Ohtao logró escapar de las manos que le retenían, le golpeó con el cuento de la lanza y el pescador se derrumbó sin sentido.

Aquello era más de lo que Peytow podía y quería consentir. La ley de la tribu exigía que el culpable fuera castigado y como el castigo en el caso de Tumak, armado como estaba, era de imposible práctica, extendió el brazo imperiosamente hacia la boca de la cueva.

Tumak entendió el ademán. Le expulsaba de la caverna para siempre. Hinchó el pecho con despre-

cio, se metió el hacha en la cuerda que le servía de cinturón y, sin soltar la lanza, se encaminó, decidido, hacia la salida, sin volver una vez la cabeza.

Los pescadores echaron a andar detrás de él para ver si la orden era cumplida. En efecto, no dejaba de serlo. La ferocidad de Tumak, que había salido a la superficie durante la disputa, era incapaz de sustraerse a la impresión producida por la majestad de Peytow. Bajaba ya la escalera, cuando Loana emitió un grito desesperado, que detuvo a Tumak.

La joven pugnaba entre el amor a sus padres y el amor más fuerte al hombre. Consultó a los primeros con la mirada. Peytow se encogió resignadamente de hombros. La partida de su hija era inevitable. Loana, conociendo que sus padres no se opondrían, echó en pos de Tumak, que, indeciso, continuaba inmóvil. Mas al tener a su lado a la joven quiso obligarla a quedarse y la empujó hacia la caverna. El viaje por la selva entrañaba una muerte casi probable.

Loana simuló no entender su gesto y levantando el brazo sobre la cabeza se despidió de Peytow y de Atai, cuyas manos temblaron al imitar la salutación. Segundos más tarde el cazador y la mujer que amaba se hundieron en las sombras amenazadoras de los árboles, teniendo que correr la joven para alcanzar a Tumak.

CAPITULO VI

LOS TERRONES PREHISTORICOS

Tumak se orientó en dirección de la región de las montañas. Se sentía más poderoso que nunca al apretar la lanza contra su pecho e inmediatamente olvidó el motivo de su expulsión al aguzar sus sentidos, escudriñando las sombras y los ruidos misteriosos de la noche.

Loana, así que llegó a su lado, fué rechazada en dirección de la caverna, pero no se desanimó por la contrariedad que se reflejaba en Tumak. Temía por ella y con eso todo estaba explicado, incluso el repentino mal humor del cazador. Se limitó, por consiguiente, a caminar detrás de él, a algunos pasos de distancia, procurando pasar inadvertida hasta que la contrariedad se disipase.

Pronto dejaron atrás las malezas conocidas y penetraron en la verdadera selva. La marcha de Tumak se hizo más cautelosa y Loana limitó todos sus movimientos, acortando algo su separación.

La humedad de los grandes vegetales antediluvianos les hirió los rostros y entumeció sus miembros. El camino, si así se puede llamar, era cada vez más arduo, debido a

las gruesas raíces que brotaban de las sombras, apenas disipadas por el resplandor de la luna, y a las gruesas lianas y helechos que formaban redes inextricables, que era necesario apartar con las manos. Una espesa neblina, procedente de las emanaciones volcánicas y de la misma humedad de la transpiración de las plantas, se deshacía en jirones caprichosos según el impulso de la brisa, aumentando la translúcida tenebrosidad.

Y por sorprendente que fuese, el calor era sofocante, un calor misterioso, que rodaba a los cuerpos de una manera viscosa, como un gran reptil. Por todas partes se oían cuchicheos, crujidos, aleteos, protestas del atrevimiento de los diminutos mortales que adelantaban paso a paso, inexorablemente por la misma entraña del miedo, de la muerte y de la corrupción.

Había sonidos más ominosos, roces de cuerpos con placas de hueso y de escamas, estallidos de troncos bajo algún ser de cuerpo enorme, rugidos y estremecimientos que, como olas que chocan contra las rocas de un acantilado, eran las vi-

braciones de descomunales peleas de los cazadores de la oscuridad, los inmensos habitantes de la selva.

Durante una hora Loana y Tumak continuaron su marcha, espiando cada uno de estos indicios de vida, que para los dos eran un libro abierto. Se habían alejado del río, se guiaban por la claridad de la luna y escogían de preferencia los calveros y los claros que la naturaleza o el paso de los animales habían abierto en la maleza.

De repente, sus oídos percibieron una trepidación semejante a la de un motor, lo que era el anuncio de que algún monstruo avanzaba en aquella dirección. Se pararon como si sus pies hubieran echado raíces en el suelo y escrutaron en todas las direcciones. Hacia su derecha, un fantástico ictiosaurio cruzaba con lentitud las aguas de un riachuelo, resoplando al salir de ellas.

Se pusieron en seguida en movimiento, apretando el paso, y cruzaron por entre raras humaredas que se empozaban en los troncos y en las ramas de los árboles. Loana estaba tan próxima a Tumak que éste sentía su aliento jadeante en la piel de la espalda. No obstante, no le dirigió una mirada y prosiguió su avance con la lanza puesta a entrar en acción.

Un resollar y una sacudida conmovieron a los troncos, mientras las cortezas exhalaban un silbido al ser rozadas por una piel durísima.

Súbitamente, los dos jóvenes se encontraron delante de un lagarto gigantesco, que sacaba su aguda lengua del puntiagudo hocico y la proyectaba en todas las direcciones. Luego, corrió con la velocidad del rayo hacia ellos.

Loana y Tumak saltaron como si hubieran pisado un avispero, internándose en una porción más espesa de la selva, pero la forzada y repentina huida de momento sólo sirvió para apartarlos uno de otro. Durante un rato esquivaron las persecuciones del lagarto, teniendo la muerte al alcance de sus talones, pero por último el animal se fatigó de jugar al escondite con aquellas pequeñas presas, y giró de grupas hacia otra parte.

Tumak, así que se vió libre de los ataques del descomunal lagarto y recobró la memoria, buscó a Loana, de quien se había visto separado. Casi era una tarea estéril hacerlo en medio de aquel caos de plantas y oscuridad, pero el joven no cejó. Loana había demostrado que merecía ser la mujer de un cazador y que le amaba más de lo que se había atrevido a esperar con su decidida conducta de seguirle.

—¡Loana! ¡Loana!—gritó varias veces.

El eco burlón se encargó de responderle, como si se gozara de su soledad y de su tormento. No obstante, las voces de Tumak sirvieron para orientar a Loana, que se había perdido durante la fuga an-

terior, y poco más tarde se presentaba a él. Tumak no expresó su alegría, pero el ademán con que le ordenó que no se separase de él, fué lo suficiente expresivo para poder henchir de orgullo y de confianza a la mujer más exigente.

Otro episodio de su vagar por la selva fué el presenciar una espantosa pelea. Una serpiente, gruesa como un buey, se balanceaba sobre el sendero por donde Tumak y Loana tenían que pasar obligadamente. Se agacharon y adelantaron con sigilo, con la esperanza de que el reptil durmiese. Ya estaban tan cercanos a él que la lanza de Tumak sobresalía del peñasco, en que se habían parapetado...

Un gruñido de furor les detuvo. Un enorme oso negro, que pasó por la dirección opuesta del sendero, fué apresado por los anillos de la serpiente. La pelea tomó proporciones homéricas, pero concluyó súbitamente, como había empezado. La agresora pagó su osadía al ser apresada en cabeza triangular por las mandíbulas del oso, que la destrozó en menos tiempo del que se emplea en narrarlo.

Casi era medianoche y habían cubierto la mitad de su ruta hacia las montañas. Sus baqueteados cuerpos y sus fatigados pies reclamaban algún descanso. Tumak, sin embargo, sabía que no podía concedérselo, pues, así que apoyara la espalda en algún lugar, sus ojos se cerrarían bajo el sueño y

estarian a merced de cualquier ali-mañana de las que recorrían la selva.

Sin embargo, el destino se encargó de imponerle lo que su voluntad se negaba.

Entraron en un terreno, dominio de una especie de armadillo del tamaño de los elefantes actuales. Ya era tarde para retroceder, ya que la bestia les había sorprendido antes que ellos a él. Clavó en los dos jóvenes sus malignos ojuelos y les cuvió un berrido de desafío y de menosprecio; a renglón seguido se abalanzó sobre ellos.

La huida duró varios minutos. Loana y Tumak aprovechaban las desigualdades y los obstáculos del terreno que interrumpían la carrera del armadillo, con toda la ventaja que les prestaban su escaso volumen y su superior inteligencia. De todos modos, esta circunstancia no les ayudó mucho y pronto Tumak se preparó para cubrir la retirada de Loana haciéndole frente, en un esfuerzo desesperado por contenerle.

Loana le estiró del brazo, induciéndole a proseguir devorando el terreno, mientras le indicaba un árbol cercano, subidos en el cual no era de temer que se reiterase la historia del mamut. La Providencia, que lea había favorecido con el impensado refugio, permitió asimismo que treparan dificultosamente por él, aposentándose en el centro del tronco, en que el arma-

dillo podía olfatearlos, mas no verles.

Cuando éste llegó, los dos jóvenes permanecieron inmóviles. Por fin desistió el armadillo de asediarles y con un irritado resoplido les dejó en paz.

Inesperadamente, Tumak pasó su brazo por la cintura de Loana y este espontáneo movimiento les produjo una sensación deliciosa, reforzada por el hecho de que la muchacha, vencida por el cansancio, reclinó la cabeza sobre el hombro de su compañero, llena de confianza en su fuerza, y se entregó al sueño. Poco después, Tumak la imitaba, dando por bien empleados cuantos acontecimientos le habían llevado a aquel fin.

Mediada la mañana del día siguiente entraron en uno de los áridos valles de las montañas. Loana contemplaba con horror la esterilidad, las rocas y las dunas, que el viento trasladaba constantemente de posición, así como a las grandes osamentas de los animales muertos. No podía haber país más diferente del suyo. Allí todo era descarnado, abrupto y reseco; los ojos le dolían por la reverberación de la luz y los impalpables granos de polvo que el aire alzaba del suelo. Pero, sin embargo, aunque algo atemorizada, marchaba contenta y esperanzada al lado del hombre que amaba.

Muy diferente era cuanto pasaba en el interior de Tumak. El re-

greso significaba para él resucitar a su antigua vida, tornar a pisar las rudas montañas, cuyos recovecos conocía como la palma de su mano, y más aun el triunfo y la venganza.

Con la mirada alerta cruzaron varios valles y escalaron varias laderas, encaminándose con tenacidad a las tierras altas, en donde moraba la Tribu de las Rocas. La fuerza se renovaba en Tumak al respirar el aire puro y libre de emanaciones y al poder lanzar sus ojos a la distancia, de manera que podía descubrir a sus enemigos a centenares de metros y prepararse para combatirlos.

Llegaron a las proximidades de un lago y Tumak se desvió hacia él para apagar la sed, que aumentaba el áspero sabor de polvo, característico de los valles bajos y medios. Sobre pasaron las dunas, en que morían las estribaciones rocosas de las sierras cercanas, y pisaron la llana playa del lago. Y otra vez la muerte les acechó.

Un monstruoso reptil les atacó, azotando el aire con su lengua bífida. Tumak arrastró a Loana, a quien el asombro había dejado inerte, hasta una grieta, que los continuos estacismos geológicos habían abierto en la orilla del lago, y la dejó caer en ella, saltando a continuación.

El reptil metió su delgado hocico en la grieta, empleando el olfato para dar con ellos. Tumak y

Loana se apretujaron contra el fondo y esquivaron la cola del animal monstruoso. Súbitamente, la cola y el menor vestigio del animal desaparecieron, dejando en el aire un alarido de dolor y de sorpresa.

Tumak sacó la cabeza con precaución y contempló la causa del cambio de proceder del reptil. Una especie de camaleón gigantesco, con unas grandes aletas membranosas erizándole el espinazo, salía del lago con el torpe paso de los saurios.

Un ataque de locura se apoderó del reptil, quien sin duda temía que el intruso le disputara la presa, y se lanzó contra él. Los sullidos de los luchadores turbaron el aire diáfano de la mañana. Sus colas azotaron el suelo, despidiendo a distancias inverosímiles los pedruscos y rocas con que tropezaban. Se mordieron con furia titánica, retorciéndose los cuellos y formando un anillo viscoso y sucio.

Pasaron unos minutos sin que la lucha se decantase en favor de ninguno de los dos y luego el parecido a un camaleón fué arrastrando poco a poco, seguramente, a su enemigo hacia el agua. El reptil, barruntando la suerte que le esperaba, sacó fuerzas de flaqueza. De un estirón retrocedió y obligó a hacerle el camaleón, con lo cual rodaron sobre la grieta, destrozando sus paredes y casi sepultando bajo los escombros a los jóvenes.

El poderoso camaleón se roñizó y trituró con furia el cuello de su adversario, extrayendo de él. En cuanto estuvieron a una distancia prudencial, Tumak indicó a Loana que saliera de la grieta y le señaló las dunas próximas en donde no la acecharía ningún riesgo. La joven le obedeció y poco después, al correr como una gacela, su rubia cabellera flameaba detrás de ella.

Mientras tanto, la irreal pelea iba disminuyendo de intensidad y el reptil llevaba las de perder, aunque no por eso su contrincante saliera mejor librado. Tumak dedujo, por la debilidad de los movimientos de los animales, que pronto podría escapar a su vez y esperó el instante oportuno sin disfrazar ya su presencia.

El reptil dejó oír un ronco estertor y se desplomó sobre sus espaldas. El gran camaleón se retiró sin esperar la agonía de su enemigo, entrando en las aguas del lago, que inmediatamente se cerraron sobre él. Tumak trepó al borde de la grieta y cuidadosamente fué avanzando, impelido por su curiosidad y su apetito, con la lanza fuertemente asida.

La sangre del reptil burbujeaba al salir por la ancha herida mortal que los dientes del saurio habían trazado en su cuello.

En tanto que Tumak verificaba el cauteloso paseo, unos nuevos personajes aparecieron en la cima de una montañita cercana. Eran Ska-

kana y sus hombres atraídos por los rumores de la pelea. Otearon desde la crestería el lugar en donde se producía, a tiempo de ver la carrera de Loana hacia las dunas.

En el obtuso cerebro de Skakana pudo más la idea de perseguirla y de raptarla que el de arrebatar la carne de los animales muertos. Levantó su garrote señalando a la figurilla que huía y se lanzó tras ella seguido de sus tres compañeros.

Loana se volvió a mirar a Tumak y lo primero que sorprendieron sus pupilas fueron las negras y salvajes siluetas de los cazadores de la Tribu de las Rocas. El miedo dominó a su astucia y emprendió una franca fuga con rumbo a las montañas. Este proceder enardeció a Skakana y a sus tres compañeros, los cuales apretaron el paso. Para ellos era un juego dar alcance a Loana.

Una vez hubo ésta entrado en la fragosidad de las peñas, buscó precipitadamente un escondrijo en que disimularse. Una abertura al ras del suelo se le antojó inmejorable y en ella se ocultó. Skakana se presentó casi al instante y al no percibirla por los contornos escudriñó cuidadosamente los rincones y guaridas que ofrecía la desigualdad del terreno. Un movimiento de Loana, que hizo resbalar algunos guijarros, le ahorró trabajo.

Agachóse Skakana y con un rabioso estirón arrastró fuera de la

abertura a la muchacha, la cual, temblando de pies a cabeza, trató de resistir y escapar. Un manotazo del jefe cortó toda demostración hostil y la redujo a la quietud. Y entonces, Loana acordóse de la caracola que pendía de su cuello y de la utilidad que tenía. Los cazadores se asombraron al oír su llamada...

Tumak se sobresaltó al escuchar el aviso. ¡Loana estaba en un apuro! Abandonó al reptil y rápidamente saltó las dunas, traspuso las rocas y entró en la hoya, en donde Skakana esperaba el resultado de la maravillosa música.

—¡Skakana!

—¡Tumak!—gritó el jefe.

—¡Tumak!—se nombró el joven a manera de afirmación.

Skakana, con un grito de placer, asestó un garrotazo al joven, que lo paró hábilmente y replicó con otro. Los palos se multiplicaron sin que ninguno de los dos consiguiera una ventaja. Tumak decidió que tenía que acabar la pelea antes de que los tres hombres restantes se recobraran de su asombro y se agregasen a su jefe. Recordó los magníficos efectos que producía la punta de piedra al entrar en contacto con los seres vivos y la hincó en el pecho de Skakana.

El jefe se tambaleó sorprendido por el nuevo método de ataque, pero sin cesar de golpear. Tumak pausó un nuevo golpe y asestó la lan-

za con más fuerza contra el estómago de su rival, el cual cayó al suelo y fué rematado por un tremendo garrotazo en las costillas.

Tunak se encará inmediatamente con los tres hombres restantes, que estúpidamente contemplaban la derrota del invencible Skakana, y levantó la lanza, exigiendo acatamiento o, en caso contrario, dirimir al segundo las dificultades que existieran para hacerlo. Pero los tres se apresuraron a soltar los palos y a humillar la cabeza.

Loana auxilió a Skakana, que tembló al sentir el inusitado roce de una mano amiga o, por lo menos, piadosa. Tunak quiso protestar contra su comportamiento, pe-

ro se contuvo lleno de orgullo y de placer, rememorando la superioridad de la Tribu de las Conchas.

En cuanto Skakana se hubo levantado, Tunak tomó la mano de Loana y reemprendió el camino hacia la caverna, en donde su llegada iba a producir consternación y en donde realizaría la venganza tanto tiempo meditada, amén de erigirse en señor de vida y muerte.

Pero desde el momento en que había sonado la caracola de Loana, sin que él se percatase, algo nuevo y puro se había agregado a su amor: el respeto a la mujer y a los débiles.

CAPITULO VII

LA EVOLUCION DE UNA TRIBU

La inesperada vuelta de Tumak, a quien todos daban por muerto, casi convirtió en estatuas de piedra a los componentes de la Tribu de las Rocas que, como cada día, aguardaban el regreso de sus hombres con la caza.

Nupondi exclamó algo que se podía identificar con el placer, al aparecer la ensortijada cabeza y los anchos hombros de su hijo sobre los últimos tramos de la escalera que conducía a la plataforma. Los demás permanecieron hostiles, indiferentes a lo que, en resumidas cuentas, significaba un hombre más, claro que para alimentar a la tribu, pero al propio tiempo para disputarles los más apetitosos pedazos de carne.

Y esta hostilidad casi se cambió en irritación al ponerse Loana a su lado, como buscando protección. Al pasar los hombres por delante del grupo de mujeres y de niños, aquilataron la importancia que el regreso tenía para la tribu: únicamente había desaparecido un jefe para ocupar otro su sitio.

Loana envió una ojeada supli-

cante a Tumak, cuyos ojos relampagueaban en aquel minuto denunciando sus nada tranquilizadoras intenciones, y se aproximó al grupo de mujeres, el cual, como si se hubiera puesto de acuerdo, dió simultáneamente un paso atrás. Nupondi rebuyó el contacto de Loana, pero un gruñido de su hijo le avisó de que no lo hiciera y soportó con estoica indiferencia la caricia de la joven.

Tobana apretó a su hijo contra el pecho al dirigirse Loana hacia ella y escondió su cabeza entre sus brazos. Tanto disgustó a Tumak esta rebeldía que la tiró al suelo y se mostró dispuesto a apalearla. Todas las bocas se abrieron al ver que Loana intervenía en favor de la caída, la ayudaba a levantar y... ¡que Tumak la obedecía! Era aquello más de lo que podían creer en un momento.

Akboba, cuando Tumak dió la orden de que entrasen todos en la caverna para comer, procuró disimular su persona, arrastrándose a lo largo de la pared, incapacitado por su accidente, que le habla pa-

realizado un brazo y deformado la pierna derecha, para esquivar lo que estimaba justa venganza de su hijo. Su movimiento fué en vano, pues los agudos ojos de Tumak le encontraron al punto y dió un salto hacia él, blandiendo la mortífera lanza.

Loana de nuevo hizo valer su autoridad. Sacudió la cabeza negativamente y tapó con su cuerpo el de Akhoba; luego levantó la mano derecha en señal de paz y acarició la cabeza del inválido. Hasta al mismo Tumak le sorprendió la serenidad y presteza con que se dominaba y dejaba para más tarde el dilucidar su conducta con su padre.

Lo primero que hizo Tumak, así que estuvo en el interior de la caverna, fué basar su derecho indiscutible a la jefatura, ocupando la roca que hacía las veces de trono. Y nadie se opuso a ello. Loana estudió las feroces caras, cuyas pupilas relucían en la penumbra, y adivinó cuál debía ser su tarea.

Vigilada por Tumak, por si algún atropello se cometía en contra de ella, se puso al lado de Tohana, tocó la cabeza del chiquillo, que se refugió despavorido en el hueco más recóndito de la cueva. Más tarde notó que Tohana, de no haber sido por Tumak, hubiera hecho lo mismo. Le sonrió amablemente y se quitó una de las pulseras de

conchas, ofreciéndosela y explicándole su uso.

Era aquello tan inusitado que las demás jóvenes acudieron a contemplar el regalo de Loana, olvidándose de todos sus resquemores y sustos. Satisfecha por la buena acogida que había tenido la pulsera, Loana se alejó de ellas y tornó junto a Tumak, haciéndole una pregunta, que en lenguaje normal se hubiera podido traducir por:

—¿Quién de estas mujeres es tu madre?

El índice de Tumak señaló a Nupondi y Loana le puso la mano en el hombro en señal de simpatía y acatamiento, mientras una deslumbradora sonrisa animó a la madre a imitar su gesto, con lo que se rompió el hielo entre las dos y Loana conquistó una poderosa aliada.

—¿Cuál de estos hombres es tu padre?

Tumak dudó antes de indicar a la ruina de ser humano que se hurtaba a las miradas de todos. Se encogió hasta ocultar la cabeza entre los hombros y esperó que la fresca mano de Loana se posara, aun cuando le costó a la joven algún esfuerzo, en su hombro herido. Akhoba, antiguamente el más fuerte de los hombres, notó que una lágrima humedecía su ojo sano.

Pero no acabó aquí la dulzura de la muchacha. Levantó casi a la fuerza a Akhoba y le llevó de la

mano a la presencia de Tumak. Una vez tuvo a los dos hombres cerca de sí, empujó a su enamorado fuera del asiento de roca, que había intuído que era el lugar preeminente de la caverna, y sentó en él al inválido, que se resistía con todo el vigor de que era capaz.

Hubo un instante en que Loana sospechó que había llevado su afán de cambio demasiado lejos, puesto que Tumak casi se precipitó sobre su padre. Se contuvo, no obstante, y pareció recapacitar que tal vez la situación que imponía la joven fuera la mejor, a juzgar por lo que había presenciado en la Tribu de las Conchas, en donde la experiencia y la inteligencia de los ancianos suplían en ocasiones la valentía y el vigor de los hombres jóvenes.

Cuando la comida estuvo a punto ocurrió lo de siempre. Los hombres se abalanzaron sobre ella, pero unos garrotazos bien administrados de Tumak les hicieron dominar su hambre, aullando y esperando una nueva maravilla. Después ofreció a Loana la pizarra que hacía las veces de cuchillo y la joven cortó con ella una tajada, que depositó sobre una piedra, a modo de plato.

Llevó la comida a Wandí, hijo de Tohana, el único niño de la tribu, y después al más anciano de la

misma, hecho lo cual les llegó el turno a los padres de Tumak.

Los hombres y jóvenes de la tribu creyeron llegado el momento de dar rienda suelta a su gula y se arrojaron sobre la carne. La lanza de Tumak entró en acción y tuvieron que resignarse a esperar. Tumak recibió después su porción, por ser su brazo del que dependían el sustento y la defensa de todos; más tarde las restantes mujeres y, finalmente, los hombres... en un plato y llevado por la propia mano de Loana como los demás.

En cuanto empezaron a gruñir y a protestar, comiendo como fieras, una seca orden de Tumak cortó el alboroto.

Este fué el inicio de los innumerables y trascendentales cambios que Loana, respaldada por Tumak, Akhoba y Nupondi, fué imponiendo a la tribu. Naturalmente no fué fácil conseguir la transformación total, hasta ser la copia perfecta de la Tribu de las Conchas, sin que surgieran descontentos y sin que tuvieran que acallar-se sus protestas.

Pero pronto, al notar las innegables ventajas que de todo ello resultaba, fueron aceptando apaciblemente el dulce y bondadoso yugo que Loana hacía pesar sobre sus rebeldes espíritus.

Lo primero que hizo Loana fué desarrollar en ellos el instinto de la comunidad, habituándoles a co-

mer sin protestas y sin avidia y hacerles sentir unidos por un destino y una aspiración comunes.

Conseguido esto, les enseñó a emplear las mejores pieles para su indumentaria, a coserlas de un modo firme con los nervios de los animales menores, estableciendo, gracias a esta labor, una sutil diferencia en las túnicas que correspondía a cada uno de los sexos y el trueque que debe existir entre un hombre y una mujer, cimentado en el respeto, en la ayuda del desvalido y en la delicadeza de las relaciones mutuas.

Tumak también tuvo su parte de trabajo en cuanto se suavizó la tirantez de las relaciones que existían entre él, el más fuerte, y los demás varones celosos de su autoridad desde que venciera con tanta facilidad a Skakana.

Naturalmente que tuvo que contrariarse mucho antes de ceder el secreto de la fabricación de las lanzas, pues que temía que los áridos cazadores lo empleasen en contra suya y de Loana, pero así que hubo enmudecido este resquemor, en que iba mezclada cierta envidia de que los demás se pudieran parangonear con él, les enseñó a pulir el pedernal, aprendiendo en primer lugar él, de la manera que había visto hacerlo a Ohtao, a trenzar cuerdas con el cuero de los animales y a clavar la punta de piedra

en uno de los extremos de sus palos de caza.

De todo esto redundó un gran beneficio para la Tribu de las Rocas. La caza era abundante, con un esfuerzo menor y un peligro mínimo, lo cual hizo que se templaran sus groseras costumbres y que los celos disminuyeran, que todos se fortalecieran y que pasasen más tiempo libres de cuidados.

Hasta aquí el plan de Loana se desarrolló como una seda, lo que le animó a dar el paso más importante de todos: implantar la agricultura.

Por descabellada que parezca esta idea no resultaba desacertada, antes al contrario, implicaba unir a la Tribu de las Rocas en un esfuerzo común, haciéndoles conocer la ventaja de la colaboración diaria en la lid de vencer la esterilidad de la tierra. De otro lado, significaba descubrirles lo que es ver hacer las cosas y cuidarlas, disfrutando, al fin, la gran satisfacción de cosechar los frutos o sea, de producir cosas palpables que originan beneficio a la larga, compensando el sudor y el trabajo prodigados para ello.

Pero aun había más, algo mucho más importante que este aspecto educativo y que se relacionaba indirectamente con las montañas en que vivían y con la caza, de la que dependían única y exclusivamente hasta entonces.

Un régimen de vida basado privativamente en la caza suponía, casi obligadamente, una incertidumbre cotidiana, una ciega entrega al azar, que ponía o no al alcance de los cazadores los animales imprescindibles para su alimentación, lo cual era el motivo principal de las discordias y la rivalidad característica, al producir un hambre insaciable. Días había en que sus ávidos estómagos no conseguían el hartazgo que demandaban de una

manera imperativa; otros, en cambio, éste les ponía al borde de la enfermedad.

La agricultura, por consiguiente, entrañaba una regularización de la lucha por la existencia, la creación de una especie de almacén natural al que podían recurrir en los malos tiempos y, por lo tanto, tener en consideración lo hasta entonces despreciado: la apreciación del futuro, pensando en él como elemento definitivo y al cual estaban indisolublemente ligados.

CAPITULO VIII

EL CATACLISMO

Habían pasado varios meses desde el regreso de Tumat en compañía de Loana cuando cierta mañana ambos jóvenes salieron de la caverna de la tribu dispuestos a, una vez lanzada una ojeada a los cazadores y sus familias, gozar de un merecido descanso y de la ansiada soledad.

Un espectador hubiera creído cosa de sueño la escena y el panorama que se desarrollaban a los pies de la escalera de la caverna.

Donde antes hubiera una cañada

estéril, precisamente la misma en que Tumat se había desplomado tras de la lucha con su padre, había brotado por obra de la tenacidad un plantío de árboles, cuidados con esmero y llenos de hojas y frutos, como también algunas parcelas de hierbas y de raíces semejantes a las hortalizas.

Los cazadores manejaban unos instrumentos, que recordaban a los empleados por la Tribu de las Conchas, consistentes en unas piedras atadas al extremo de unos ga-

zotes. Unas pieles negras eran la indumentaria común, sin duda el distintivo de la tribu, puesto que todos las vestían.

Los ancianos y las mujeres procedían a cosechar los primeros frutos y raíces, con la alegre expresión del que es objeto de un regalo o de una sabrosa sorpresa.

Tumak y Loana contestaron a sus saludos y anduvieron unos momentos entre ellos dando algunos consejos. Un viejo desdentado y tembloroso logró arrancar una hortaliza del suelo y se aproximó a la joven.

—Loana—la llamó, sacudiendo el carnosos manjar.

La muchacha le respondió afirmativamente y mientras que los jóvenes se alejaban de él, el anciano se llevó un tanto asustado la hortaliza a la boca y mordisqueó su extremo. Un gruñido de placer fué la réplica a su tímido ademán y fué a comunicar el resultado de su comprobación a sus compañeros.

Tumak y Loana se dirigieron hacia la ladera opuesta del valle, en donde desembocaba otra cañada, desde la cual veíase humear el cráter del esbelto volcán. El bello espectáculo no mereció una mirada de sus ojos. Se sentaron en una gran losa y se entregaron a sí mismos.

Bien ganado había sido aquel delicioso segundo en que iban a aprender casi tantas cosas como las

que les habían distraído de su amor hasta entonces. Se volvieron hacia el valle y vislumbraron las figurillas de los cazadores y de sus mujeres trajinando. Por primera vez, desde hacía mucho tiempo, una enorme sensación de paz y de bienestar substituyó la continua tensión nerviosa.

Como en otra noche memorable, Tumak obedeció a un impulso inconsciente y pasó su brazo por la cintura de Loana, la cual, sentada en posición más baja que su enamorado, había apoyado la cabeza en su ancho hombro. Y el joven, sin percatarse de ello, aumentó la presión con un suspiro de alivio y de liberación, que tuvo eco en el pecho de la joven.

Se soltaron avergonzados y se miraron a los ojos. ¿Qué era aquella rara sensación que les invadía al estar juntos? El brazo de Tumak dejó la cintura de la joven y dió más intensidad a su mirada, como reclamándole una explicación.

Pero Loana, sutilmente femenina, obró como hubiera hecho cualquiera de sus descendientes. Pasó por alto la indagación de Tumak y cogiendo su brazo derecho lo colocó en la posición inicial.

Tumak, completamente subyugado, la obedeció sin más averiguaciones y posó su mejilla en la dorada cabellera de la joven, entregándose a una ensoñación que le hacía trasponer las barreras, que la

H A C E U N M I L L O N D E A Ñ O S

timidez y la falta de evolución espiritual, a la vez que la escasez de léxico, habían edificado entre su amor, su dificultad expresiva y el imperativo anhelo de comunicar a Loana cuanto le acontecía.

En tal disposición de ánimo, los minutos volaron sobre ellos sin rozarlos, como si el tiempo hubiera dejado de existir...

Sólo los gritos de los cazadores al perseguir alguna presa turbaban el dulce silencio que les envolvía con un fantástico velo hecho de gloria y de amor. Un cuerpucillo diminuto corrió por el extremo del valle en su dirección, vacilando sobre unas cortas pernezuelas. Era Wandí, el más reciente retoño de la Tribu de las Rocas, quien, sintiendo despertar en su corazoncito la primera ansia de aventuras, hurtaba la vigilancia de su madre y corría hacia la pareja de enamorados.

Tohana, su madre, le buscó entre los troncos de la plantación sin verlo y no tardó en experimentar una zozobra, que insensiblemente se transformó en pánico, puesto que el chiquillo seguía sin aparecer. Abandonó, por consiguiente, su labor y corrió por los contornos, llamándole:

—¡Wandí! ¡Wandí! ¡Wandí!

El niño la escuchaba perfectamente y apretaba el paso hacia Tumak y Loana, que le aguardaban risueños, sin preocuparse en su

tranquila inconsciencia de la angustia materna. Tohana, presa de un terrible presentimiento, de la anormalidad que flotaba en el ambiente, demasiado sereno, prosiguió su búsqueda desolada.

De repente el silencio pareció acrecentarse, como si toda la Creación se hubiera inmovilizado en el placer de saborearse a sí misma. Las cosas, las rocas, el aire hicieron más perceptibles...

¡Y un espantoso estallido, lanzando parte del cráter del volcán hacia los ámbitos, hecho pedruzcos, rasgó el aire diáfano de la mañana!

El horrisono estampido fué seguido de otros de menor volumen. Loana palideció, levantó alarmada la cabeza del hombro de Tumak e intentó libertarse de su abrazo, pero el joven movió la cabeza negativamente y riéndose de su miedo, mientras que la obligaba a recobrar su posición primera.

El cuerpo de Loana temblaba y su cerebro se preguntaba cuál era la causa de la sangre fría de Tumak. Esta era la costumbre de presenciar sucesos parecidos, mas en aquella ocasión su sangre fría costó cara a la Tribu de las Rocas.

Un trueno poderoso, gigantesco, sacudió las entrañas de la tierra y las rocas que les rodeaban danzaron como corchos zarandeados por las olas del mar, empezando a caer

cerca de su cabeza y de sus cuerpos.

Tumak volvió la mirada hacia el volcán y el temblor de Loana se le contagié estremeciéndole todos los músculos de su ser con el impulso frenético y salvaje del animal que desea huir. Tumak de buena gana lo hubiera hecho; solamente la razón, el divino rasgo de su superioridad humana, se lo impedía y le inducía a spaciguar los temores de su amada.

Las sacudidas arreciaron y otro estampido formidable que arrancó por la fuerza de la expansión, un huracán terrible, cargado de polvo, ceniza y de piedras, de los ámbitos, destrozó por completo el cráter, dando libre salida a las misteriosas fuerzas, a los tremebundos agentes de desolación y de ruina que habían henchido sus entrañas desde siglos y siglos, latiendo en ellas de la misma forma que el pus en un grano maligno.

Casi al unísono la lava se desbordó y se desalzó por las laderas del volcán arrasando con su masa candente todos los contornos, que ardieron como yesca al entrar en contacto con ella, derritiendo las peñas que encontraba y aun arrastrándolas ante su empuje, hasta que desaparecían engullidas en sus fauces gorgoteantes.

En esta ocasión los cazadores buyeron a la desbandada, dirigiéndose en las más encontradas direc-

ciones, sin rumbo fijo a no ser el que les imponía su pánico. El cataclismo era inevitable y ellos lo adivinaban, sintiendo el aviso de sus músculos y de sus nervios, que les animaban a ponerse a salvo, a sobrevivir costara lo que costase.

Y a sus alaridos no tardaron en unirse el ruido, el sordo trueno de la carrera precipitada de los animales, que imitaban su conducta, entrechocando desesperadamente, disputando frenéticos, burlando las nubes de humo que brotaban de las selvas cercanas y dirigiéndose hacia las regiones altas, en donde creían encontrar seguridad.

Los animales de menor tamaño perecían aplastados por los gigantes, los cuales, a su vez, morían abrasados y antes de lanzar el último suspiro herían a aquellos de sus congéneres que tenían la desgracia de ponerse a tiro de sus mandíbulas. La enloquecida cabalgata era algo fantástico, apocalíptico, avanzando sin cesar en su rabia de vivir, de alejarse del fuego aterrador.

Los estallidos fueron multiplicándose y tan vigorosos que los iniciales eran un juego de niños comparados con ellos. Pero hubo más, algo muchísimo peor. Un profundo, un impalpable rumor recorrió el seno de la tierra. Las montañas giraron sobre sí mismas, como empujadas por una mano titánica, proyectando hacia los cuatro

puntos cardinales enormes bloques de rocas. La superficie del suelo se resquebrajó, hendiéndose hasta lo inverosímil, trazando un laberinto de grietas que cambiaban de posición, se deformaban a impulsos del terremoto.

Tohana fué lanzada contra el suelo como un muñeco de trapo o de paja. Cuando pudo incorporarse saltó sobre la grieta más cercana y corrió hacia Wandí, al que un milagro había conservado inmune de aquel peligro, apartando las piedras de su cuerpecillo, mientras que gimoteaba despavorido y desorientado.

—¡Wandí! ¡Wandí!

Era inútil, pues ni el amor sobrehumano de la madre podía hacer brotar de su garganta el grito necesario para sobrepujar el estrépito de las montañas al deshacerse como montoncillos de polvo. Y Wandí seguía su trote hacia Loana y Tumak.

Estos dos, al ser sacudidos por los estallidos, que destruyeron el cráter del volcán, permanecieron abrazados, dispuestos a probar que nada les podía apartar, ni la vida ni la muerte. Al sobrevenir el terremoto, lograron dominarse y súbitamente se acordaron de los componentes de la Tribu de las Rocas. La piedra en que habían estado sentados patinó debajo de ellos y desapareció pendiente abajo. Lo-

graron esquivarla y se adosaron al muro de roca.

En cuanto se hubo disipado algo el polvo, Tumak ordenó con el gesto a Loana que no se moviera de allí, posiblemente el único lugar en toda la montaña que menos peligraba, y sin hacer caso de sus súplicas marchóse velozmente hacia la caverna para rescatar de la ruina a sus padres y a sus familiares.

Loana, al quedarse sola, dudó en obedecer a Tumak, movida por su bondad y sus deseos de auxiliar en lo posible a su tribu de adopción. Pero de pronto vió algo que se interponía entre este deseo y su realización.

¡La lava aparecía por todas partes en el valle!

Tohana había descubierto este peligro cuando ya vislumbraba a su hijo Wandí. Precisamente el niño se dirigía en línea recta en dirección de la ola de fuego. Un grito extraño, de animal herido en su parte más sensible, fué exhalado por su boca y voló hacia su hijo.

Loana también había descubierto al niño y adivinó que estaba desorientado por el estallido, lo cual no era muy difícil de constatar, ya que cambiaba constantemente de rumbo en su carrera, más y más lenta. Y lo mismo que Tohana se precipitó en su busca.

Akhoba estaba cómodamente sentado en la caverna durante la súbita erupción del volcán y salió

a la plataforma a escudriñar el poder de la catástrofe que se avecinaba. Vió a su tribu corriendo en diferentes sentidos, como conejos despavoridos; renqueó para entrar en la cueva, pero fué lanzado contra el suelo de la plataforma, en tanto que las piedras y el polvo medio lo sepultaban.

Así que hubo dominado el aturdimiento y el dolor de las heridas recibidas, anduvo a rastras primero, luego se puso en pie y cruzó el umbral de la caverna en el preciso instante en que el terremoto empujaba en todas direcciones las fuerzas subterráneas de la tierra.

Nuevamente cayó Akhoba. Trozos inmensos de piedra llovieron de la bóveda y chocaron con vigor convulsivo contra el suelo, rebotando y hacinándose. Otro hombre hubiera procurado su salvación y abandonado a su esposa y a la anciana, únicas personas que con él se habían quedado en el refugio, pero Akhoba había evolucionado mucho más que el resto de los cazadores. Había descubierto el amor, la conmiseración y la lealtad desde que Loana le proclamó de nuevo jefe, sin preocuparse de su espantoso aspecto, y tal vez su cansado corazón se había permitido soñar con las generaciones que le seguirían y por las que resultaba glorioso sacrificar su cuerpo maltratado.

Cubriéndose la cabeza con el

brazo sano, entró en la caverna, mientras que chocaban contra su cuerpo las piedras desgajadas. Debajo de un montón de rocas vió sobresalir una mano y avanzó hacia ella arrastrándose. Intentó mover el túmulo que la catástrofe había depositado sobre la víctima, con un nudo de congoja en la garganta, pero rozó involuntariamente la mano y su experiencia le demostró que la tarea era inútil.

Balbuocé el nombre de su esposa y se dirigió hacia otro cuerpo inerte, pero libre de piedras. Apartó los cabellos que ocultaban la faz de la persona, posó su mano en el pecho y suspiró aliviado por el doble descubrimiento que acababa de hacer: aquel ser vivía, según demostraba el pausado latido del corazón y, además, era su esposa, Nupondi.

Dobló su fatigado cuerpo y con el brazo sano procuró echar sobre sí a Nupondi, que gravitaba inerte. Después de mucho trabajo y de una fatiga destructora, salió a la plataforma, en donde cayó inmóvil e incapaz de recorrer los contornos en busca de más desgraciados como su corazón le aconsejaba.

Wandi, mientras tanto, iba a cruzar un espacio claro y libre de rocas amenazado por un extenso y grueso alud de lava. Tohana lanzó un alarido de desesperación y voló a su encuentro con la desesperada ilusión de llegar a él antes que la

destructora ola de fuego. Se esforzó cuanto pudo y saltó valerosamente, corriendo con la ligereza de una golondrina delante de la lava, pero fué inútil; sus pies se pegaron al suelo hirviendo y blando y se negaron a continuar avanzando.

—¡Wandi!—gritó con un sollozo.

La lava inexorable azotó sus piernas y la derribó. Instantes más tarde únicamente quedaba una superficie plana y humeante, igualadora de la vida, en donde había caído Tohana, la valerosa madre.

Loana había presenciado muda y yerta de espanto la rápida tragedia. Sin embargo, el peligro subsistía a pesar del estéril sacrificio y Wandí estaba en sus bordes. Llamó al chiquillo, que lloraba, y luego, con un hábil cálculo de las distancias, se lanzó al único lugar que había quedado a salvo de la invasión de la lava, arrebató al niño de una extinción cierta y huyó velozmente.

Una abarca suya, enganchada en la tierra reblandecida por el calor, fué la única huella que dejó tras de sí.

El cataclismo alcanzó después de esto su mayor grado de intensidad. Las grietas servían de trampas, en que los animales eran apresados al cruzarlas por el súbito cambio de los movimientos sísmicos. Los rugidos de protesta y de pavor, en cuanto la lava se les acercaba, atro-

naban los espacios, aumentando la algarabía general.

La destrucción fué inconmensurable. En unos minutos se transformó la faz de la tierra, imposibilitando conocer los parajes habituales. Poco a poco el cataclismo amainó sus convulsiones, las cuales cesaron al mismo tiempo que el sol se ocultaba por occidente. Luego, se hizo la noche, cerrada, lóbrega, patética.

El paso de la luz a la oscuridad casi fué simultáneo. No obstante, no impidió que los supervivientes se buscaran entre sí y contaran las pérdidas sufridas por la tribu. Maquinamente se congregaron en lo que fué su morada, trocada ahora en un amasijo inextricable de ruinas, bajo las que estaban sepultados los desaparecidos y se miraron en silencio, impotentes incluso para lamentarse.

Entre los desaparecidos se contaba Loana.

Tumak brotó de las sombras con las facciones contorsionadas por el dolor desconocido que originaba la ausencia de su amada. Estaba pálido y sus ojos rellamagueaban de vez en cuando en la dura lucha de dominar las lágrimas que subían a sus ojos. Sus padres le miraron en silencio. Todos habían aprendido demasiado en aquel día para hablar o intentar consolarle.

Tumak, con el desgarró de la muerte de Loana, no comprendió

que las circunstancias apremiaban, exigiendo una solución para los nuevos problemas que los fenómenos geológicos habían planteado, tanto más urgentes cuanto los peligros se habían multiplicado.

Pero mientras el vacío que Tumak sentía se ahondaba con el paso del tiempo, los cazadores senojaban comprender los motivos de su indecisión, mejor dicho, de su atonía y esperaban pacientemente una resolución. La convivencia con Loana les había educado hasta el punto de posponer sus preocupaciones ante la tristeza ajena.

Así, pues, no se sorprendieron al ver que Tumak se alejaba de ellos sin decir una palabra, encaminándose hacia el lugar en donde contemplara a su amada por postrera vez. Tumak ansiaba estar solo para dar rienda suelta a sus pensamientos y sentimientos inusitados en él, pero resaca.

Atravesó con dificultad, aprovechando las rocas y los claros, el río de lava, mordiendo los labios antes de enviar su lamento desesperado a la noche que le rodeaba, con la esperanza, cada vez más imposible, de que el eco, de que el aire de la noche transportara hacia él la voz querida.

—¡Loana! ¡Loana! ¡Loana!

Nada. Silencio, oscuridad y desolación. Apretó el asta de la lanza hasta que le dolió la palma de la mano y se detuvo expectante en el

sitio en que pasara su brazo en torno de su cintura. Se le antojó sentir todavía el calor de su cuerpo y como orando, suspiró:

—¡Loana!.. ¡Loana!

No estaba allí. Envió su mirada en todas las direcciones y bajó hacia la temida lava, con la boca reseca y los ojos ardientes. Súbitamente se inclinó: había visto un objeto oscuro destacándose en el suelo. Lo arrancó de la tierra en que estaba fijo y no dudó en reconocerlo, a pesar de que el mundo parecía emprender un vertiginoso girar.

¡Era la abarca de Loana!

Humilló la cabeza y emprendió el regreso hacia sus padres y sus compañeros, indiferente, vencido, aunque lanzando ojeadas mecánicas, involuntarias, hacia las montañas fronterizas, porque Tumak estaba seguro de una cosa, que le lastimaba el cerebro. Loana había muerto. ¿Cómo, en caso contrario, había de estar la única huella de ella tan cerca de la lava?

Pero al hacerse esta pregunta, que más era una afirmación, inmediatamente se formuló otra. Si Loana había sido engullida por la lava, ¿a qué se debía la salvación de una abarca suya? No dejaba de ser sorprendente esta circunstancia.. Y así volvió a producirse la esperanza en Tumak.

—¡Loana! ¡Loana! ¡Loana!—llamó poderosamente.

La infinita soledad fué la contestación. Una vez estuvo junto a sus padres, les mostró la aharca, lo cual fué suficiente para que éstos entendieran lo acontecido. Inclinaron todos la cabeza y se apoyaron en sus lanzas. Pero el brillo no se había extinguido en Tumak, que sin hacerles caso, gritó:

—¡Loana! ¡Loana! ¡Loana!

La burla del eco fué engañada a su vez, pues un sonido, lejano,

inconfundible, fué captado por todos los oídos. Tumak engalló la cabeza con exaltación y echándola hacia atrás, aulló desafiante y exaltado:

—¡Loana! ¡Loana! ¡Loana!

Y se repitió el sonido. Era inconfundible. Una ola de sangre afluyó al rostro de Tumak...

¡Lo que todos oían era la caracola usada por la Tribu de las Conchas!

CAPITULO IX

EL DINOSAURO

En las rocas, que como un bulto oscuro se dibujaban al otro lado del valle ocupado por la tribu de Tumak y de Akhoba, se destacó la derrengada silueta de un hombre. Se detuvo un momento para tomar aliento y luego después llevó su mano hacia un objeto que pendía de su cuello. Apoyó sus labios en él y sopló con fuerza, engendrando un sonido profundo y penetrante a la vez.

En la incierta claridad nocturna se recortó su rostro, de poblada barba rubia. ¡Era Ohtao, el hermo-

so pescador de la Tribu de las Conchas!

En tanto que el bocinazo repercutía y obtenía la contestación de los cazadores, Ohtao se puso en movimiento, guiándose por el acento de sus voces, apresuradamente. A pesar del cansancio, que aherrrojaba sus pies como con cadenas de hierro, no tardó mucho en trepar hacia la cumbre de la roca desde la que oteaba la tribu.

La aparición del pescador en aquellos lugares, barrió la alegría de los amigos de Loana. Tumak

lanzó un gruñido de reconocimiento y dió dos pasos en su dirección, posando sus manos en los hombros del recién llegado. Este remedió su gesto y los dos hombres se miraron, borrando la diferencia que la impremeditación de Tumak originara antaño.

¿Qué era lo que le llevaba a aquella horas, después de la catástrofe y en medio de tantos peligros, a Ohtao a la Tribu de las Rocas? Akhoba se les reunió y les contempló, intentando descifrarlo. Su significativo movimiento de manos careció de respuesta, Ohtao jadeaba agitadamente, contemplado con curiosidad por sus nuevos conocidos.

Tumak le tocó el hombro con la mano, dándole un empujón, con el que le invitaba a hablar. El inteligente rostro de Ohtao se frunció, esforzándose en hallar las palabras necesarias para explicar sus propósitos. Posó la mano en su pecho y luego en la de Tumak agitando la mano con un movimiento continuo, semejante al de una carrera. Después, exclamó:

—¡Peytow!... ¡Ohtao! ¡Tumak!

Los cazadores no perdieron ninguno de sus ademanes y le rodearon con avidez. Abrió los brazos considerablemente, echó la lanza hacia atrás, se llevó la mano a la boca y agregó:

—¡Bicha!

Después sonrió mirando a Tumak, y dijo, sencillamente:

—¡Loana!

—¡Loana!

Tumak solamente había comprendido esto último. Loana, de un modo u otro, había ido a la Tribu de las Conchas, huyendo de la catástrofe. Creyó que le iba a buscar Ohtao para que se reuniese con ella y se dispuso a hacerlo.

Pero Akhoba le detuvo. El había comprendido la gesticulación del pescador. No cabía duda de que Ohtao y su tribu estaban en un gran peligro, que algún animal monstruoso les acechaba e impedía que salieran a buscar el sustento cotidiano.

Intervino, pues, en la conversación, si así puede llamarse al intercambio de gestos, y aclaró el significado verdadero de la llegada de Ohtao.

Todos los cazadores movieron orgullosamente sus lanzas sobre sus cabezas, pues no sólo no había muerto durante la catástrofe la virtud de colaboración que Loana había sabido despertar en ellos, sino que asimismo la petición de auxilio de la Tribu de las Conchas proclamaba la confianza que tenían en ellos, en su valor y en su fuerza.

Akhoba y Tumak se miraron. Después de las convulsiones del día, el viaje hacia las llanuras no resultaría fácil: las sendas de las

feras estaban borradas y las bestias enloquecidas por el hambre y el miedo. ¿Qué tenían que hacer? La prudencia era obligatoria; la lucha por la supervivencia la imponía.

Pero los nuevos sentimientos cultivados por Loana triunfaron, creando una solidaridad humana desconocida hasta entonces, decidida a arrostrar todos los riesgos y a triunfar de ellos si se terciaba. La sangre de los cazadores ardía en sus venas al seguir los ademanes de Akhoba, majestuoso en la grandeza del momento, que borraba su desagradable aspecto.

Tumak se impacientó. Para él la conducta a seguir era obvia. Loana estaba viva y alguien la amenazaba. Después de la agonía a que su espíritu había estado sometido, la idea de entrar en acción era un leitívivo y un acicate a la par. Por consiguiente, tascaba el freno, gruñendo a su padre para que diese la orden de partir.

Por último éste cogió su garrote e hizo señas a los hombres y a las mujeres que le siguiesen. Echó a andar, saltando por las peñas con toda la agilidad que le concedía su invalidez. Los hombres empuñaron sus lanzas y las mujeres sus garrotes. Minutos después eran una hilera de punto negro sobre la que vacilaba la luz de la luna, filtrada a través de los espesos nubarrones que formaba la humareda de los incendios.

Las desvaídas luces del amanecer les iluminaron en la frontera de la región de las montañas. A la cabeza del fantástico y desgrefinado tropel de gente, caminaban, codo a codo, Ohtao y Tumak, silenciosos, inexorables en su avanzar y detrás de ellos se iba eslabonando como las cuentas de un rosario el resto de los cazadores, según sus fuerzas.

En el último lugar, distanciado incluso de la más débil mujer y del más anciano de la tribu, por una veintena de metros, marchaba Akhoba renqueando decidido, sin exhalar una queja ni proferir una petición de ayuda. El inválido, con una tremenda fuerza moral y de voluntad, esforzaba a sus asendereados músculos a proseguir aquella lucha contra la muerte, olvidando que ésta podía sorprenderle de un momento a otro, pues en su pecho ardía la eterna llama que posibilitó al hombre primitivo a perdurar; el amor a sus semejantes.

El titánico tronco del dinosaurio reposaba sobre las ruinas de las gradas que el día anterior conducían a la caverna. Su cola barría los alrededores, mientras rugía furioso, como llevando el compás de la ira. Su cabeza cerraba por completo la boca del refugio de los pescadores.

Las fauces del dinosaurio eran algo espantoso, babeantes, ensordeciendo con sus continuos rugidos a la Tribu de las Conchas. Parecía capaz de continuarles asediando días y días, hasta que hubieran perecido, haciéndoles pagar una retribución de quién sabe qué ofensa.

El monstruo habíase presentado en la Tribu de las Conchas a renglón seguido del cataclismo, que transformó la faz de la selva, sin darles tiempo para otra cosa que recogerse en su interior, esperando que su ira sería de corta duración. Pero se habían engañado por completo.

Había transcurrido un día entero. Los niños lloraban abrazados a sus madres en el interior de la caverna, en los más recónditos cobijos, reclamando algún alimento; el combustible escaseaba y pronto dejaría de arder la minúscula fogata, colocada entre la bestia y los pescadores, a la que alimentaba Peytow echando algunos brazados de hojas secas, restos de lo que había servido de cama a sus familiares.

Loana, con Wandí en brazos, veía llegar a pasos agigantados su fin, lo mismo que los restantes pescadores. Era inútil que intentasen espiar la entrada, que las rocas y los aludes habían constituido al caer, a través de los huecos que, de vez en cuando, dejaba el dinosaurio al agitarse iracundo.

La Tribu de las Rocas no llegaba. La confianza que habían depositado en Ohtao se les autojaba ahora irrisoria. ¿Cómo había de poder él, débil habitante del río, llevar a cabo una hazaña reservada a otros hombres más vigorosos? Únicamente Tumak habría cruzado la selva, saliendo vivo de la empresa. Y el tiempo daba la razón a los pescadores, volando rápidamente, mientras todas las pupilas se clavaban en la débil hoguera que padecía pronta a extinguirse.

El dinosaurio avanzó más su cabeza, rozando casi las llamas. Peytow buscó desesperado más combustible. Solamente halló unas brianas de hierbas, insignificante bocado para las llamas en su vano anhelo de sostenerse unos minutos más lejos de las férreas mandíbulas.

Y por fin la hoguera bostezó, vaciló y envió su última llamarada hacia la bóveda de la caverna, como quemando la esperanza de los pescadores. Pero en este instante un alarido de sorpresa y de rabia estremeció las paredes de la caverna. Los pescadores exhalaban un grito de alegría. Habían percibido un cuerpo moreno y musculoso, vestido de piel negra, deslizándose por la estrecha abertura que hendía las rocas que tapiaban la entrada del antiguo valle.

En efecto, no era ilusión ni demencia. Era Tumak, con la lanza

en ristre, el cual se detuvo cautelosamente, aguardando a que los suyos se le reunieran para avanzar contra el monstruo. En cuanto estuvieron agrupados, los seis hombres brincaron en las rocas, mientras que las mujeres y los ancianos escalaban las laderas del valle, poniéndose a salvo.

Akhoba fué el único de los seres débiles que permaneció en el valle. Si su cuerpo estaba destrozado y era inepto para la lucha, su corazón palpitaba de deseos de lanzarse en seguimiento de Tumak y de combatir junto a él. No obstante, se mantuvo alejado y sin apartar sus ojos brillantes de los cazadores.

Tumak saltó como un moreno torbellino a la roca cercana al cuello del dinosaurio y descargó con toda su hercúlea fuerza y el ardor de poner a salvo a Loana, su lanza contra la dura piel del monstruo. Este lanzó un rugido, que fué el que anunció la llegada de los salvadores.

Los cazadores de la Tribu de las Rocas y Ohtao rivalizaron haciendo alardes de valor y de fuerza, en la tarea de asestar el golpe mortal al dinosaurio. Como diminutos y encolerizados monos saltaban de un lado a otro, esquivando las sacudidas de la bestia, asestando sus lanzas con vigor.

El monstruo empezó a retroce-

der, a sacar lentamente su cabeza de la trampa natural en que la había tenido metida, oponiéndose a que hiciera frente a sus agresores. Los pescadores lanzaron un suspiro de alivio, que se trocó en un lamento de desesperación, al ver el riesgo que corrían Tumak y sus hombres, lo mismo que al fijarse en que todos los actos de heroísmo resultarían estériles y el dinosaurio no abandonaría el campo.

En efecto, no se equivocaban. Tumak ya había notado que el pedernal de su lanza se embotaba al chocar con la durísima piel de la bestia. Ohtao y los cazadores evidenciaron que habían hecho el mismo descubrimiento con unos gruñidos, pero no obstante no cesaron y multiplicaron sus golpes con la esperanza de hacer retroceder a su enemigo, lo que, en parte, se realizó.

El dinosaurio sacó por completo su cabeza y la dirigió contra los seres humanos, que la burlaban con la agilidad de ardillas. Tumak cambió de posición y clavó su lanza en uno de los ojos del dinosaurio. Un agudo alarido denunció el efecto que había producido su golpe. Entonces Ohtao y los cazadores siguieron su conducta y trazaron un círculo movedizo y tenaz que cambiaba constantemente de posición, que repiqueteaba la testa del dinosaurio con sus agudas armas.

Pero Akhoba comprendió que sus hombres caerían derrengados de cansancio antes de que el dinosaurio huyera o se desangrara, suponiendo que esto último fuera posible. Abarcó todo el valle y sus contornos con una mirada y sus pupilas destellaron al ver la cumbre de la pared, que caía cortada a pico sobre el dinosaurio. Se encará con los luchadores y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Tumak! ¡Tumak!

Así que hubo logrado atraer su atención los cazadores corrieron hacia él y le consultaron. En un abrir y cerrar de ojos les expuso su plan. Señaló la cumbre rocosa, luego la base del muro e hizo un gesto con la mano como si lloviera. Los hombres rieron alborozados. Habían entendido.

Akhoba empujó a su hijo hacia el monstruo y le indicó la base de la pared rocosa, gruñendo:

—Tumak..

Corrió el joven a ocupar el sitio asignado y los cazadores, con sus mujeres, empezaron la tremenda escalada. Tumak, mientras tanto, atacó solo a la bestia con renovado furor, saltando de una peña a otra, valeroso, sonriendo, despreciando a la muerte por la mujer que amaba.

—¡Tumak!

¡Aquella era la señal! Los componentes de la Tribu de las Rocas amontonaban grandes piedras en el

borde del abismo y esperaban con ansiedad. Tumak hincó su lanza en la garganta del dinosaurio, se le acercó peligrosamente y la bestia le siguió. Repitió varias veces la misma operación hasta que lo hubo arrastrado hasta la pared rocosa. Allí saltó y empezó a trepar, repitió el lanzazo y el dinosaurio cayó en la trampa.

Tumak desapareció, mientras la bestia intentaba perseguirle torpemente. Un grito de victoria resonó en el valle y un enorme bloque rodó, rebotó, chocó contra el muro de roca arrastrando un alud en pos de sí, hiriendo al dinosaurio. Las masas de piedra prosiguieron lloviendo, arrancando torrentes de peñas que se disgregaban al percutir sobre el monstruo, que con un ronquido de cansancio desapareció debajo de un caos de rocas.

Los cazadores exultaron su triunfo y los pescadores les respondieron desde la parte inferior.

Poco más tarde la angustia y el terror semejaba no haber residido nunca en sus corazones. Leana y Tumak se miraban a los ojos, teniendo entre ellos a Wandí. Ambas tribus se habían reunido en torno de la hoguera, saboreando un bien ganado alimento.

En cuanto hubieron acabado de comer, Peytow hizo un grave movimiento y los pescadores rompieron a cantar. Los componentes de

H A C E U N M I L L O N D E A Ñ O S

la Tribu de las Rocas les escucharon sorprendidos, meneando la cabeza, pero poco más tarde, arrastrados por la melodía, unieron sus ásperas voces al coro de sus amigos.

Alhoba y Peytow sabían cuál era el significado de la canción. Era el himno del triunfo de la vida, del valor, de la amistad, que unidos habían de originar las razas futuras y triunfales.

FIN

EDICIONES BISTAGNE

publica siempre
las mejores novelas
cinematográficas

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - Barcelona

Nueva colección de gran éxito:

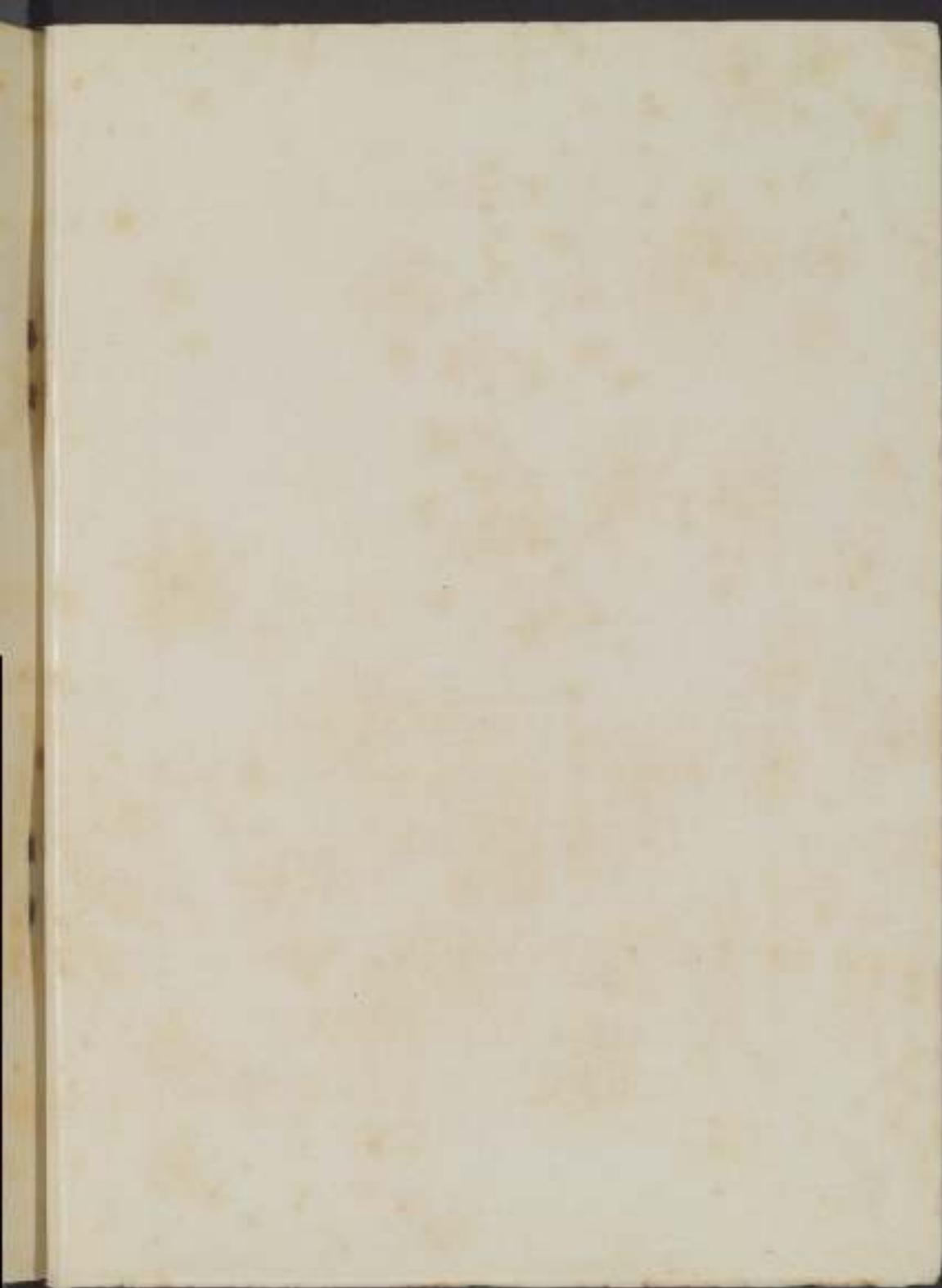
PELICULA GRAFICA

TITULOS PUBLICADOS

1. EL SIGNO DEL ZORRO, por Tyrone Power.
2. EL LIBRO DE LA SELVA, por Sabú.
3. ¡QUE VERDE ERA MI VALLE! por Walter Pidgeon.
4. EL HIJO DE MONTECRISTO, por Louis Hayward, Joan Bennett y George Sanders.
5. EL CAPITAN CAUTELA, por Victor Mature, Bruce Cabbott y Leo Carrillo.
6. ESTUDIANTES EN OXFORD, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
7. CUMBRES BORRASCOSAS, por Lawrence Olivier, Merle Oberon y David Niven.
8. LA JUNGLA EN ARMAS, por Gary Cooper y David Niven.
9. EL LADRON DE BAGDAD, por Sabú.
10. MARINOS A LA FUERZA, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
11. ESMERALDA, LA ZINGARA, por Charles Laughton y Maureen O'Hara.
12. TARZAN Y LA DIOSA, por Herman Brix.
13. LA QUIMERA DEL ORO, por Charlot.
14. HACE UN MILLON DE AÑOS, por V. Matare.
14. HACE UN MILLON DE AÑOS, por V. Mature, Carole Landis, Lon Chaney, Jr.
15. EL ALEGRE BANDOLERO, por Nino Martini, Ida Lupino, Leo Carrillo.

¡Inmejorable presentación!
¡¡Numerosas fotografías!!

PRECIO:
1. Pta.





Cubierta, Imp. M. PELICER

Muntaner, 111-Teléfono 76123

6